

E S T U D I O S

HISTORIADORES Y SOCIOLOGOS EN BUSCA DE LA INFANCIA. APUNTES PARA UNA BIBLIOGRAFIA RAZONADA

SIMONETTA ULIVIERI

«Ce 16 novembre 1717, a été ramassé un garçon nouvellement né, trouvé exposé et abandonné dans une boîte de sapin blanc sur le parvis de Notre-Dame, sur les marches de L'Eglise de Saint-Jean le Rond, que nous avons fait a l'instant porter a la Couche des Enfants Trouvés pour y etre nourri et allaité en la maniere accoutumée.

Ce bébé, baptisé le lendemain sous le nom de Jean le Rond, fut envoyé en nourrice en Picardie. Il connaitra la célébrité sous le nom de d'Alembert, éditeur avec Diderot de la Grande Encyclopédie.»

(SANDRIN, J., 1982)

INTRODUCCION: LA HISTORIA DE LA ESFERA PRIVADA

En los últimos años, el campo historiográfico ha registrado una notable ampliación de horizonte; una vez superadas las rígidas barreras de la investigación histórico-política e histórico-institucional tradicional, los sectores de investigación abordan, cada vez más, la historia social; de este modo, los hechos de la esfera «privada», de la familia y de las mujeres (en particular las de la infancia) han pasado a ser un objeto posible y, en algunos casos, privilegiado del estudio histórico. Pero si en otros países la importancia y el valor atribuidos a la historia social (1) han ayudado considerablemente a la difusión de tales estudios (basados en el uso de métodos cuantitativos y demográficos, entre otros), en Italia este enfoque se ha producido con retraso; sólo desde hace poco tiempo la historia social comienza a dar los primeros pasos y los temas que aborda se consideran a veces de menor relevancia y siempre

(1) Cf. Le Goff, J., voz «Storia», *Enciclopedia Einaudi*, vol. XIII, Turín, 1981, p. 570.

marginales. Muchas veces se relega la historia de la familia al sector de estudios sociológicos; la historia de la cuestión femenina, la iniciativa individual de alguna historiadora (baste recordar la obra pionera desarrollada en este campo por Franca Pieroni Bortolotti) o a la aportación de alguna revista de orientación prevalentemente femenina (por ejemplo, *Nuova Donna, Woman, Femme y Memoria*); la historia de la infancia, en fin, aún no se han abordado directamente y a fondo, sino tan sólo en artículos o estudios cronológicamente sectoriales.

Se comprueba así algo que a primera vista parece inexplicable: ese «niño» que ha sido materia de amplios estudios de tipo sociológico, pedagógico y psicológico, no se toma como objeto de examen histórico en sus condiciones reales de vida, que en muchos casos son condiciones de supervivencia.

El historiador inglés Peter Laslett (1979) ha hablado de «masas» de niños pequeños que en la sociedad preindustrial jugaban en los campos o en la calle, acompañando y a veces perturbando con su parloteo y sus gritos el trabajo de las personas mayores. Estos niños aparecen poco en los documentos escritos, pero están presentes con sus diversas reacciones, desde el juego al llanto, en la iconografía cortesana o privada. Su historia, sin embargo, no está escrita; es, como dijo recientemente en una interesante intervención Egle Becchi (1983a, p. 9), «una historia difícil»; y la misma autora, en otra publicación (Becchi, 1983b, p. 4), hacía notar cómo la mujer, el niño y el cuerpo son siempre «temas que permanecen al margen del trabajo del historiador».

La falta de una historia de la infancia y su registro historiográfico tardío son un indicio, como señalaba hace algunos años Leonardo Trisciuzzi (1976, p. 4), «de la incapacidad por parte del adulto de ver al niño en una perspectiva histórica». En otros términos, mientras el adulto consideraba a sus hijos pequeños como «cachorros», éstos vivían al margen de la sociedad (lógicamente confiados a las mujeres, cuya función educadora era estrictamente biológica, sin otras competencias); y cuando los hijos adquirían la autonomía, pertenecían al mundo de los adultos, comenzaban a formar parte de la historia; cabe decir que, al no existir el niño con todas sus características infantiles, tampoco existía su historia.

Si el sociólogo ha estudiado al niño como elemento social, el pedagogo ha solido teorizar sobre la educación y sobre los modos de impartirla y el psicólogo, desde que nació su disciplina, ha abordado principalmente sus aspectos fisiológicos y psicológicos en evolución. Cuando aparecía alguna referencia histórica en obras de este tipo, era necesariamente incidental, solía tener un carácter esquemático y muchas veces servía para reforzar las tesis defendidas. En definitiva, el «concepto de infancia» (y ya la misma expresión explica el distanciamiento del niño vivo y real) era una categoría general e históricamente imprecisa.

La historia social, en cambio, ha subrayado los aspectos peculiares liga-

dos a la historia de la infancia, incluyendo en la investigación las condiciones de la mujer y de la futura madre, el parto, los cuidados y la crianza del niño, la alimentación, el estilo educativo, las instituciones escolares y los sistemas disciplinarios y punitivos.

En este nuevo enfoque de la historia han destacado, como se sabe, los historiadores franceses y anglosajones, mientras que en Italia tales estudios han alcanzado escaso desarrollo por la preferencia que se ha otorgado siempre a la historia político-industrial y de las ideas; todavía hoy sigue la polémica y resulta difícil abandonar una tradición historiográfica superada, donde predomina aún la influencia idealista.

En Francia tiene gran resonancia la revista *Annales*, paralelamente a la acción desacralizadora de la producción foucaultiana, que ha orientado la investigación histórica hacia temas nuevos: la historia de la locura, de las instituciones segregantes, de la sexualidad. Esta nueva tendencia se ha manifestado también en Inglaterra con la revista *Past and Present*, y en Italia a partir de 1966 con la revista *Quaderni storici*.

Parece útil, pues, trazar una panorámica de la producción más reciente en torno a la historia de la infancia, para contribuir a su difusión y desarrollo (2). No puede faltar en la reseña la producción extranjera, que supone en algunos casos una aportación fundamental y que no cabe soslayar; pero aplicaremos especialmente nuestro análisis a la contribución italiana, porque es indicio de una nueva actitud y de un cambio de tendencia que se está produciendo.

Hay que investigar, en todo caso, para el que desee orientar su investigación hacia la historia de la infancia, que deberá situar tal estudio dentro de un interés más general por la esfera privada y lo cotidiano; el conocimiento de la historia de la familia y de la condición femenina y juvenil, de los vínculos parentales, de la conducta sexual, de las variaciones demográficas ligadas a los problemas económicos, de la evolución de la sanidad y de los inicios de la pediatría es indispensable para entender ciertas dinámicas y circunstancias que han influido grandemente en el mundo infantil. Por eso conviene extender nuestra reseña a aquellos que en los diversos campos o en investigaciones interdisciplinarias abordan, junto con otros temas o colateralmente a ellos, al niño y su existencia dentro de la pareja, de la familia y de las diversas estructuras sociales.

(2) Para una reseña de bibliografía crítica sobre la infancia en italiano, cf. Flores M., «Infanzia e società borghese nella recente storiografia», en *Movimento operaio e socialista*, núm. 4, 1980, p. 497-506; además Pancera C., «Critica della storiografia USA: su famiglia e infanzia nei sec. XVI-XVIII», en *Società e storia*, núm. 14, 1981, p. 927-942.

Hay otras indicaciones bibliográficas en la segunda parte del ensayo de Ragazzini, D.: *Storia della scuola italiana*, Le Monnier, Florencia, 1983, p. 122-124.

LA FAMILIA

La historia de la familia tiene en cuenta también, obviamente, la mentalidad de sus componentes. En efecto, si la historia de la familia es, por una parte, historia del «agregado doméstico» (relaciones económicas y división del trabajo), es también, por otra, historia de la sexualidad y de las actitudes ante la contracepción y la procreación; al mismo tiempo, la historia de la mujer es historia de su posición económico-social dentro de la familia y de la sociedad, pero es también historia de su cuerpo y de todo lo que a través de éste la afecta directamente: parto, maternidad, lactancia. La historia de la infancia, pues, está unida estrechamente a la historia de la familia y de la mujer.

Las actitudes de los padres ante los hijos no pueden abordarse desde un supuesto e históricamente problemático amor de los progenitores, sino que dependen, aparte dinámicas económicas y demográficas, de condicionamientos atávicos y de esquemas culturales. Del mismo modo que la sociedad se imagina y vive a sí misma y sus problemas, imagina también en proyección futura al niño, condicionando su desarrollo y conducta en previsión de su papel social como adulto. Por otra parte, el valor de los niños ha ido subiendo a medida que aumentaba la probabilidad de su supervivencia (= reducción de la tasa de mortalidad), aunque haya subido también el coste de su mantenimiento, instrucción o preparación para el trabajo; en cualquier caso resultaba útil invertir en un «bien» que sería con el tiempo una nueva fuente de sustento familiar.

Lawrence Stone (1977) parte, al parecer, de este enfoque en su extensa obra dedicada a la familia, el sexo y el matrimonio en Inglaterra, donde da cabida a problemas concernientes directamente al niño: el nacimiento, las relaciones afectivas dentro del grupo familiar, las áreas de permisividad, de control y de presión en las relaciones entre padres e hijos. El autor dedica todo un capítulo a las estrechas conexiones existentes entre las diversas categorías sociales y las modalidades educativas; considerando los estratos de la escala social (aristocracia, alta burguesía, no conformistas-devotos, artesanos y pobres), examina los diversos modelos pedagógicos: el negligente; el atento a las exigencias del niño, con afecto y permisividad, o el atento, pero represivo; el egocéntrico-invasivo; el atento, pero brutal; el indiferente explotador. Stone se interesa también por los cambios de la medicina y, en particular, de la puericultura, y por las diversas actitudes que la familia y la sociedad adoptaban ante la sexualidad infantil y adolescente. Además, el autor examina el uso del castigo corporal en las escuelas inglesas, el uso y abuso de cañas y varas, conforme al principio de que «el mejor estímulo para la mente es el dolor» (p. 490).

Como se desprende de estos temas relativos a la infancia, junto a otros muchos, el historiador inglés ha analizado, para redactar su extensa obra, una enorme cantidad de documentos tanto escritos como iconográficos,

expresión de diversas clases sociales, pero siempre dentro de la categoría de los alfabetizados. Los propios relatos biográficos de tantos y tan diversos personajes que utiliza Stone demuestran que su obra es una historia de personas que poseen una cultura, capaces de expresar en forma escrita sus percepciones subjetivas; un ejemplo muy sabroso (para el lector) es el análisis de la conducta sexual de la nobleza a través de diarios y memorias, entre los que destaca por su desenvoltura e inmediatez la prosa de Samuel Pepys.

A diferencia de Stone, Edward Shorter (1975) define su obra dedicada al destino de la familia en la sociedad occidental como el intento de relatar la historia de los muchos hombres y mujeres que han poblado el mundo cotidiano, la historia de los que «carecieron de voz». La nueva historia social intenta, pues, ilustrar la vida privada de la gente común, analfabeta o apenas capaz de estampar su firma, que nunca escribió memorias ni obras que gloriasen sus acciones o sentimientos. En el ámbito más general de la familia, Shorter se propone reencontrar y describir la historia de la mujer «típica», del recién nacido «típico» y no la de los niños reales. Busca sus fuentes entre quienes podían conocer de cerca la vida y las experiencias del pueblo: médicos municipales, funcionarios y burócratas menores, eruditos locales. De las descripciones, informes y relatos salidos de las plumas de estos personajes emergen muchas noticias y datos relativos a la infancia: prácticas populares de puericultura, embarazo e hijos ilegítimos, organización de nodrizas profesionales. El análisis de lo cotidiano en el pasado le sirve al estudioso canadiense para intentar la reconquista de realidades poco analizadas, vidas anónimas sobre las que han callado los historiadores.

También Jean-Louis Flandrin (1976), en sus investigaciones sobre los problemas de la familia, de los parientes, de la casa y de la sexualidad, aborda la misma dimensión social que Shorter, centrándose en el tema de las actitudes de la familia y de su origen y desarrollo histórico e interesándose por la historia de las innumerables familias del pueblo. Escribe el historiador francés en la introducción a su ensayo: «Plus que les affaires de famille des grands... ce sont les structures de la vie privée des masses qui éveillent notre curiosité» (p. 12).

Autor de numerosos ensayos y artículos, algunos traducidos al italiano, dedicados a la evolución de la conducta amorosa, Flandrin no olvida la lección de Aries (3); su «análisis de la historia social», como observa Guido Verucci en el *Prólogo* a la traducción italiana de *La familia*, «se especifica esencialmente como historia de la psicología y de la mentalidad» (p. 16). De este modo, en el ámbito de sus estudios sobre la moral sexual en relación con la dinámica conyugal, Flandrin no sólo no relega sino que dedica un amplio

(3) Flandrin dedicaba ya en 1964, en *Annales*, una larga recensión a la obra de Ph. Ariés (1960); esta recensión ha sido traducida ahora al italiano y aparece, junto con otros ensayos del autor francés, en el volumen *Il sesso e l'Occidente. L'evoluzione del comportamento e degli atteggiamenti*, Mondadori, Milán, 1983.

espacio a las relaciones entre padres e hijos, intentando describir e interpretar el sistema de la reproducción biológica en su devenir histórico. A las fuentes ya usadas por otros autores, Flandrin añade el estudio de materiales de procedencia eclesiástica (manuales para sacerdotes y confesores, textos de teología moral, actas de procesos concernientes a las relaciones matrimoniales); tales documentos resultan especialmente valiosos porque dan a conocer aspectos de la vida privada difícilmente detectables de otro modo. El autor puede abordar así temas importantes para la historia de la infancia, como la relación entre concubinato y abandono de los hijos, entre fecundidad y mortalidad infantil, entre deberes conyugales y uso de la contracepción.

Los conocimientos adquiridos mediante el uso de estas fuentes inexploradas, donde la historia de la moral eclesiástica se mezcla con la historia de las costumbres y de la educación, permiten a Flandrin formular ciertas hipótesis que algunos han considerado excesivas, pero que a nosotros nos parecen en extremo interesantes. Por ejemplo, según el estudioso francés, la lucha librada por la Iglesia contra toda forma de vida sexual extraconyugal infecunda ocasionó un alto grado de fecundidad en el matrimonio, pero favoreció al mismo tiempo un *surplus* infantil, causa del abandono de niños recién nacidos o de la falta de cuidados y, en consecuencia, de una mayor mortalidad infantil. Al mismo tiempo, el control de la natalidad y el rechazo cada vez más frontal del binomio sexo-procreación por parte de las parejas derivaría de los graves daños y numerosas muertes provocadas en las mujeres por la multiplicación de los partos, como también de la constatación de que la prole numerosa llevaba consigo una mortalidad elevada, sobre todo con el uso indiscriminado por casi todas las clases sociales de la institución de la nodriza. Flandrin presenta a la mujer como protagonista de estas transformaciones, y no nos parece aventurada la tesis, que adoptaría posteriormente Elisabeth Badinter (1980) en su historia del amor materno, donde hace coincidir la afirmación del amor materno, no como instinto sino como acto consciente, con la disminución voluntaria de la natalidad y con un mayor esmero en la crianza de los niños; pero sobre este problema volveremos más adelante.

Hace alrededor de diez años, en una introducción a algunos ensayos de diversos autores, Charles E. Rosenberg (1975, p. 3) hacía notar que uno de los aspectos implicados en la historia social «es el interés creciente por realidades fundamentales de la humanidad, como la socialización de los niños, las enfermedades, la muerte y la vejez, el matrimonio y las estructuras familiares». En suma, para comprender la naturaleza de las opciones sociales, las posibilidades reales ofrecidas a los individuos en el ámbito de su existencia, el historiador no puede prescindir del conocimiento pleno del individuo, desde las condiciones que llevaron a su concepción y nacimiento, hasta la relación con la madre o con la nodriza, la socialización y la adopción del papel económico de adulto en la familia y fuera de ella.

Partiendo de tales presupuestos, Rosenberg analizaba la metodología utilizada por los partidarios de la psichistoria, entre los cuales y en primer

lugar hay que contar a Lloyd de Mause (1974), que propuso una teoría del desarrollo histórico que llamó psicogenética, donde el parámetro de la infancia se especifica o bien mediante la descripción de las situaciones y sentimientos particulares que han rodeado históricamente al niño, o mediante la definición «del papel asumido por éste... dentro de la psicología de los adultos» (p. 6).

Junto a otros estudios sobre la dimensión histórica de la familia aparecidos en traducción italiana, recordemos el dirigido por P. Laslett, J. Robin y R. Wall (1983). Hay que destacar en particular el ensayo de P. Czap; en primer lugar, porque analiza las condiciones de la familia rusa más allá de los límites geográficos de la investigación tradicional, que ha solido ceñirse a la cultura de la Europa occidental; en segundo lugar, porque analiza la familia campesina antes de la abolición de la servidumbre de la gleba, cuando la prolificidad era aún sinónimo de riqueza en cuanto que cada niño constituía un nuevo trabajador potencial.

Hay que hacer también una referencia a la obra del antropólogo Jack Goody (1983), que ha publicado su escrito en la nueva colección de historia de la editorial Mondadori (4). Conviene recordar el interés de Goody por las más diversas formas de parentesco y de relaciones. Dedicó un esmerado estudio al levirato (5) y a la adopción. Estas formas de procurarse un heredero dentro o fuera de la familia, presentes en las sociedades precristianas (son numerosos, por ejemplo, los casos de adopción en la antigua Roma), decayeron posteriormente debido a las reticencias de la Iglesia, que ponía límites morales a tal práctica y prefería los parentescos puramente espirituales (los padrinos). Según Goody, el interés económico por los patrimonios que se extinguían sin heredero favorecía la condena de la adopción por parte eclesiástica; lo cierto es que, en este caso, la costumbre religiosa influyó mucho en el derecho familiar, ya que, por ejemplo en Inglaterra, las primeras leyes sobre la adopción se dictaron en 1926.

Hay que recordar también el simposio celebrado en París, en el año 1974, sobre «Familia y parentesco en el Occidente medieval». Los trabajos relativos a Italia fueron recogidos posteriormente en volumen (Duby y Le Goff, 1981); la participación de historiadores italianos, entre ellos C. Violante y G. Tabacco, indica que existe también en dicho país una tendencia a ocuparse de estudios históricos sobre la familia. Este interés creciente se observa aún más entre los sociólogos; me refiero concretamente a la colección de ensayos sobre la familia dirigida por Agopik Manoukian (1983) y a la última obra de Marzio Barbagli (1984), que traza un amplio panorama sobre la evolución de

(4) En la misma colección ha aparecido una interesante *Storia sociale degli odori (XVIII e XIX secolo)*, de Alain Corbin, con «Introduzione» de Piero Camporesi.

(5) El levirato es la obligación de tomar por esposa a la viuda del hermano fallecido y de engendrar hijos a nombre del difunto.

la familia y de las situaciones dentro de ella en nuestro país, basándose en una documentación muy rica.

Las relaciones entre padres e hijos y todo lo concerniente a los lazos familiares se estudian detenidamente en estos dos volúmenes. En el volumen preparado por Manoukian reviste especial interés, a nuestro juicio, la sexta sección dedicada a «Los lazos familiares en público y en privado», con ensayos de Franco della Peruta, Gian Albino Testa y Chiara Saraceno. En él se describe y analiza aquel vasto movimiento de ideas, pero también de iniciativas concretas, primero privadas y después públicas, que llevó en el siglo XIX italiano a las élites más progresistas y a la clase dirigente del nuevo Estado unitario, a tomar conciencia del valor social de la infancia y de la necesidad de un modo diferente y mejor de criar, cuidar e instruir a los hijos del pueblo. Como en el tema de los sistemas hospitalario y penitenciario, se considera que el proceso educativo no puede ser incumbencia exclusiva de cada familia, que la nueva responsabilidad social del Estado se despliega a través de la gestión del desarrollo educativo, en la creencia, impregnada de optimismo ilustrado, de que las escuelas, los internados y los colegios funcionarán produciendo buenos ciudadanos y buenas madres cuando falla la familia por incapacidad, ignorancia o negativa a hacerse cargo de los hijos. En todo caso, el niño y sus necesidades constituyen un problema mucho más compartido que en los siglos precedentes por intelectuales y educadores como señala Della Peruta en su trabajo.

Las estructuras y las relaciones familiares constituyen los dos grandes polos temáticos que articulan el ensayo de Barbagli. A nosotros nos interesa sobre todo ilustrar la segunda parte, la dedicada a las relaciones familiares, incluyendo el comportamiento afectivo de padres, cónyuges e hijos. Barbagli utiliza diversas fuentes: libros de preceptiva familiar (o económica), tratados sobre los deberes conyugales y sobre la educación de los hijos, relatos de viajeros extranjeros, libros de familia, autobiografías, correspondencia. Esta última documentación privada ofrece datos muy interesantes sobre la calidad de las relaciones familiares, que Barbagli analiza conforme a los criterios de «desapego», «deferencia» e «intimidad».

En cuanto al período más reciente (1880-1940) examinado por el autor, éste utiliza también una serie de entrevistas hechas a mujeres nacidas entre 1890 y 1910 en el área geográfica centro-septentrional de Italia sobre los roles familiares y las formas de tratamiento verbal vigentes. Son interesantes tanto las relaciones de poder que situaban a la mujer joven en una posición subalterna dentro del sistema familiar, una posición típica de la infancia, como los modos de comunicación verbal, de dirigirse la palabra, el uso del «usted», sinónimo de deferencia y distancia; al mismo tiempo, la ausencia total de expresiones de afecto en la relación entre padres e hijos denota una sociedad ruda y autoritaria, muy marcada por el miedo y la falta de formas de ternura (si bien esta dureza exterior no puede significar sin más falta de amor, sino que es más bien una repetición de conductas de los padres aprendidas a tra-

vés de una educación asimismo rígida, severa y muy controlada). Afirma una entrevistada: «Yo no recuerdo haber recibido nunca un beso de mi padre» (Barbagli, p. 469). El afecto se manifestaba, si acaso, con servicios materiales (alimentación, vestido, etc.). Barbagli observa, sin embargo, que las primeras familias en evolucionar hacia una mejora en las relaciones afectivas fueron las familias burguesas, que precedieron en ello a las familias campesinas, por ejemplo; esto obedece, según él, tanto a una mayor posibilidad de intimidad dentro de la familia nuclear, a diferencia de la familia numerosa, con varios núcleos familiares más favorables, que permitía un margen de tiempo y serenidad mayor del que podían disponer los estratos inferiores, agobiados por la satisfacción de necesidades primarias, ante las cuales el afecto y sus formas constituían un lujo.

LAS MUJERES

Las relaciones entre la mujer y los niños basadas en la «naturaleza», es decir, en la maternidad, son tan estrechas que no cabe abordar los problemas de la primera sin considerar las condiciones de los segundos en su ser biológico, emotivo y social. No está demasiado claro lo que se ha entendido históricamente por «amor materno»; algunos lo definen como un sentimiento inmutable, ligado directamente al vínculo carnal entre madre e hijo, mientras que otros, en forma menos absoluta, lo hacen depender o lo ven fuertemente influido por los problemas de geografía económica, de historia cultural y de política social, en cuyo ámbito nace, pero puede también no nacer, esa relación de amor.

En líneas generales, los resultados de los trabajos históricos en tal sector coinciden en señalar que el amor materno, si se consideran especialmente los últimos siglos (cuya investigación es más fácil), es un concepto históricamente evolutivo, como también lo es el valor atribuido por parte de la sociedad a la existencia infantil. Todo esto constituye el hilo conductor del ensayo de E. Badinter (1980), según el cual el amor materno no puede darse por descontado, sino que sólo existe realmente cuando, más allá del apego animal o del sentido de propiedad, se convierte en una toma de conciencia, en un acto de responsabilidad. De igual modo que ser mujer no significa necesariamente ser madre, el amor materno es real o no según que el hijo, su existencia, sea deseada y querida o inesperada e involuntaria. Esta actitud aparece con bastante claridad en los testimonios históricos de mujeres que, aun amando a sus hijos, se sentían agobiadas por la maternidad. Declara una campesina del Cúneo nacida en 1898: «... Yo tuve diez hijos. Los curas hablaban siempre de la necesidad de tener hijos... y decían que era pecado mortal no tenerlos. Pero no eran los sermones de los curas los que a mí me aterrorizaban... Mi miedo era traer al mundo otro hijo a pasar penalidades... Al primer hijo lo deseé y lo quería. El segundo... ay, yo hubiera preferido morir. Luego llegó

el tercero, y así me acostumbré de nuevo a vivir. Sí, luego deseaba morir por el pesar de haber traído tantos hijos al mundo» (6).

Los recuerdos de estas mujeres recogidos por Nuto Revelli, tan vivos y reales, rezumando rabia y resignación al mismo tiempo, son excelentes para comprender el sentido que tuvieron en su existencia la maternidad y los hijos.

Ya a principios de siglo, Margaret L. Davies (1915), de la Liga Cooperativa Femenina (7), recogía, durante la campaña por la asistencia a la maternidad, cartas de trabajadoras en las que éstas hablaban de su condición y de las circunstancias de su familia, del trabajo, del salario y de la amenaza de desempleo, de la relación con los hijos, primero deseados y luego vistos como una maldición. Mujeres que muchas veces carecían de toda educación sexual y que afrontaban con angustia e ignorancia el parto, sin saber lo que sería de ellas y de su criatura, mujeres que pasaban de un embarazo a otro sin descanso y sin alimentación suficiente. La ignorancia y la miseria, pues, fueron el telón de fondo de estas vidas y condicionaron en buena parte las de sus hijos, al menos las de los que sobrevivieron.

Así pues, si el fenómeno más importante que caracteriza en general las relaciones entre la mujer y los hijos es, como parece, la maternidad, hay que señalar, sin embargo, que esas relaciones pueden tener históricamente varias lecturas y es preciso conocer sus antecedentes y sus consecuencias. El control social de la reproducción está siempre ligado al «honor» femenino (Cavallo y Ceruti, 1980) y tal «honor» depende de la evolución del control de la natalidad, puesto que la tasa alta de hijos ilegítimos implica sin duda una liberalización de las costumbres, pero no siempre revela una toma de conciencia de la mujer sobre su cuerpo y su capacidad reproductiva (Lottin, 1970; Pomata, 1980). La realidad de las madres ilegítimas implica además, en virtud de la moral sexófoba familiar, el infanticidio como el remedio-anulación más desesperado a la maternidad involuntaria, para evitar el ostracismo social y la marginación. No hay muchos estudios sobre el infanticidio y, en particular, sobre el análisis de la mujer que elimina a su hijo (Coleman, 1974; Langer, 1979); es posible que exista una repulsa colectiva que influye también en los

(6) Revelli, N., *L'anello forte. La donna: storie di vita contadina*, Turín, Einaudi, 1985, p. 124-126. Del mismo autor, cf. vols. I y II. Estos largos trabajos de escucha y transcripción atenta muestran cómo la memoria oral resulta, más que otras fuentes históricas, una auténtica expresión de realidades subordinadas y excluidas de la historia, como las de las mujeres y la infancia. A este propósito, cf. también Vigne Th., «Genitori e figli 1890-1918: distanza e dipendenza», en Passerini, L. (director), *Storia orale. Vita quotidiana e cultura materiale delle classi subalterne*, Rosenberg & Sellier, Turín, 1978, p. 245-258; además Bravo, A., Scaraffia, L.: «Ruolo femminile e identità nelle contadine nelle Langhe: un'ipotesi di storia orale», en *Rivista di storia contemporanea*, núm. 1, 1979, pp. 21-56.

(7) Pertenecían también a la Liga las autoras de *Life as we have known it*, Londres, 1931; trad. it., *La vita come noi l'abbiamo conosciuta. Autobiografie di donne proletarie inglesi* (con Carta introductoria de V. Woolf), Savelli, Roma, 1980.

estudiosos e investigadores; lo cierto es que los pocos testimonios que se han encontrado en Italia (Povolo, 1978-1979; id. 1979-1980) (a menudo extractos de declaraciones en procesos de mujeres acusadas de infanticidio) presentan a mujeres marginadas sobre las que pesa ya, antes aún que esa acusación, una grave situación social que las predestina a ser víctimas (Depauw, 1972, p. 1.165-1.172): o son huérfanas o les falta una figura paterna que haga mantener las promesas de matrimonio del compañero, o son personas desarraigadas, enviadas desde muy jóvenes a trabajar bajo un amo (del que serán presa fácil) o a la ciudad, donde los encuentros son más fáciles y no se ejerce ya el control de la comunidad campesina sobre las costumbres y las relaciones entre los jóvenes (8).

Es evidente que en estos contextos de privación y abandono resulta difícil para la mujer asumir la responsabilidad y el honor de una maternidad. Muchas veces el nacimiento del hijo se interpone entre la mujer y sus expectativas de realizarse individual y socialmente según las rígidas normas tradicionales (primero mujer, después madre); a veces la mujer justifica el infanticidio por estas razones (Palaja, 1981). Tal acto no supone, pues, un rechazo de la maternidad, sino que la sitúa dentro de las reglas sociales. Además, como señala también M. Pia Casarini (1983), esta no aceptación del niño por parte de la mujer va unida a otra actitud igualmente aberrante de los magistrados llamados a juzgar estos casos, según la cual la mujer infanticida merece la pena máxima, incluso la muerte si no bautizó al niño antes de liquidarlo, mientras que se le otorgan fuertes atenuantes si antes de matarlo lo ha bautizado, puesto que así asegura al menos la salvación eterna del niño.

Pasando al examen de los problemas ligados al parto, se comprueba que en este terreno los estudios son más numerosos y se puede considerar que el tema ha ingresado en la historiografía francesa contemporánea (Gélis, Laget y Morel, 1978), gracias a la estimable aportación de Mireille Laget (1982).

En Italia, además del volumen dirigido por Pizzini (1981), la revista *Quaderni storici* dedicó un número al tema *Parto e maternità: momenti della biografia femminile*, que incluye valiosos ensayos de Sandra Cavallo, Simona Cerutti y Gianna Pomata (1980). Asimismo son interesantes los números dedicados a *Maternità e imperialismo* (9) y a *Il corpo della donna: ideologia*

(8) Sobre el valor de la «fama» de la mujer en el mercado matrimonial, cf. Marzario, R.: *Il paese stretto. Strategie matrimoniali nella diocesi di Como, secoli XVI-XVIII*, Einaudi, Turín, 1981. Sobre el papel femenino en la sociedad patriarcal, cf. también Thompson, E.P.: *Società patrizia cultura plebea*, Einaudi, Turín, 1981, en particular el ensayo sobre el *charivari* inglés, publicado en *Annali* el 1972.

Sobre la relación entre honor femenino e infanticidio, cf. el reciente ensayo de Margherita Pelaja, «Scandali. Onore e trame di rivalità in una comunità di fine '800», en *Subalterni in tempo di modernizzazione. Nove studi sulla società romana nell'Ottocento*, Annali della Fondazione L. e L. Basso-Issoco, vol. VII, Angeli, Milán, 1983-1984.

(9) Sobre el tema, cf. también el estudio antropológico de Meil-Lassoux, C., *Femmes, greniers et capitaux*, París, 1975; trad. it., *Donne, granai e capitali*, Zanichelli, Bolonia, 1978.

e realita, por Nuova *D.W.F.*, que ofrece también trabajos de estudiosas extranjeras, entre ellas Anna Davin (1978).

Un artículo de Claudia Pancino (1978), en particular, se centra en el embarazo y en el miedo y la ignorancia que lo acompañaban. La enfermedad y la muerte eran consideradas como sanción de culpa; en el caso particular del parto, si ocurría alguna complicación se atribuía sin más a comportamientos erróneos de la madre, según el prejuicio corriente de que el hijo pagaba las culpas mortales cometidas antes de su nacimiento. El remedio no se buscaba en la adopción de medidas higiénico-sanitarias, sino en oraciones y en peregrinaciones a santuarios de la Virgen o de santos dotados de poderes terapéuticos sobre los niños, como Santa Margarita y San Rafael, o invocando a Santa Ana, protectora de las parturientas.

Pancino ha reanudado recientemente este tema (1984), ampliándolo y abordando en particular la historia de la asistencia al parto, con las parteras, comadronas y matronas, en un período que va del siglo XVI al XIX. En tal reconstrucción hay que insertar la intervención de los médicos, la consiguiente medicalización del parto y el inicio de la pediatría en Italia. La autora presenta tal proceso y tales innovaciones, pero no siempre se considera éstas como elementos de progreso. Reconoce, por ejemplo, que la cultura popular del parto era conservadora y que la reforma de la obstetricia en el siglo XVIII estaba motivada por un proyecto reformador (por el bien público, para salvar y tutelar la vida de las mujeres y de sus hijos); sin embargo, estos márgenes cada vez mayores de seguridad tuvieron que pagarlos las mujeres, según la tutora, en términos de pérdida de los tiempos y los ritmos naturales, que hizo de un suceso que antes era privado y familiar algo semejante a un caso patológico, controlado por el médico y que ya no es patrimonio de la mujer, su protagonista. Pancino escribe sobre la «solidaridad femenina» entre parturienta y comadronas en la introducción a su ensayo:

«La autonomía de aquel mundo femenino quedó destruida cuando se impuso el control masculino sobre el parto, que desnaturalizó los principios que sostenían hasta entonces la asistencia; baste recordar a modo de ejemplo que en la tradición obstétrica sólo la que había padecido los dolores del parto podía comprender y, por tanto, socorrer a la que pasaba por ese trance.» En definitiva, a su juicio, la hospitalización del parto, incluso la actual, «propone y simboliza la absurda alternativa entre garantías de seguridad y esfera afectiva» (p. 19, p. 22).

Una de las aportaciones más relevantes al análisis de la relación mujer-maternidad-hijos es la del canadiense Edward Shorter. Este autor expuso el tema en el volumen *Familia y civilización* (1975), como hemos visto, pero lo había analizado también en un ensayo (1973), publicado después en italiano, donde intentaba con datos demográficos, en particular los cambios en las tasas de fecundidad, explicar las modificaciones en las actitudes femeninas y

en la posición de la mujer dentro de la pareja y de la familia, vinculando en definitiva la fecundidad y el control de la natalidad a la emancipación femenina y acusando, de paso, a los estudiosos de la historia de la mujer de «haberse basado elegantemente en fuentes literarias, sin utilizar datos demográficos seguros ni asumir hipótesis y técnicas de investigación de las ciencias sociales en general» (p. 318). Pero la investigación más amplia acerca de la experiencia física de la condición femenina, el modo como han vivido las mujeres la relación con su propio cuerpo, la ha ofrecido Shorter (1982) con su reciente obra dedicada a la historia del cuerpo femenino. El historiador de Toronto parte de la consideración, aparentemente simple, de la subordinación secular de la mujer y del inicio, en el siglo XIX, del feminismo. Intenta explicar cómo ocurrió esto, por qué transcurrieron tantos siglos de subordinación y se produjo al fin la toma de conciencia de esa sujeción y la lucha por la igualdad. Si la subordinación de la mujer obedeció a su inferioridad física, también su emancipación depende primordialmente de una condición, de una base física que permitirá a la mujer luchar por la paridad de derechos y por la igualdad. Recorriendo la historia de la condición de la mujer, el autor señala diversos factores que ayudan a explicar históricamente la inferioridad femenina: en primer lugar las mujeres estaban sometidas a los hombres, que con el ejercicio indiscriminado de los «derechos» sexuales hacían de su existencia una serie interminable de embarazos; las mujeres, en segundo lugar, eran víctimas de los hijos, que por su número constituían una constante y angustiada preocupación en todo lo concerniente a la supervivencia y la crianza; las mujeres, en fin, eran físicamente presa de enfermedades naturales a las que no estaban sujetos los hombres por su diferente conformación física. Según Shorter, la afirmación del matrimonio como opción «romántica» y no como arreglo o necesidad económica, la prevención de la natalidad y, por tanto, el número menor de personas a que atender y, en fin, un mayor cuidado del propio cuerpo merced al progreso de la medicina, proporcionan a la mujer esa «base física» y, diríamos nosotros, esa fuerza y energía que se precisan para pensar y, por tanto, reivindicar sus derechos. Quizá estas observaciones parezcan demasiado categóricas, pero la lectura de la obra, ampliamente documentada con datos históricos, resulta convincente, sobre todo porque, como en sus estudios precedentes, el autor no toma como objeto de examen a las mujeres de clase media alta, que dentro de su estamento gozaban de algunos privilegios, sino que intenta reconstruir la vida de las mujeres del pueblo.

La eliminación de la subordinación física es, pues, la premisa para el inicio del feminismo, al que está ligado también el acceso de la mujer al trabajo industrial extradoméstico y la afirmación de los derechos individuales, de origen burgués, en las sociedades occidentales. Esto nos remite al problema de las relaciones que mantienen las mujeres con la familia y los hijos, por una parte, y con su trabajo, por otra. Un bello ensayo donde se demuestra cómo durante mucho tiempo (y aun hoy) han coincidido la organización de la

producción, de la reproducción y de la vida de las mujeres es el de Louise A. Tilly y Joan W. Scott (1978).

Ambas historiadoras americanas (10) describen las transformaciones de la economía familiar desde el comienzo de la era moderna hasta hoy y el papel de las mujeres en los diversos periodos históricos.

Geográficamente la investigación se centra en Inglaterra y en Francia, y por eso es de escasa utilidad para estudios sobre Italia; sin embargo, el enfoque de ciertos problemas, como las transformaciones demográficas y el papel atribuido o asumido por las hijas, por las solteras, por las casadas, por las viudas, en el ámbito de las actividades laborales familiares y extrafamiliares, suministra signos precisos para una interpretación de situaciones análogas existentes en la sociedad italiana.

Sobre la relación entre natalidad y mortalidad infantil no hay acuerdo entre los demógrafos historiadores; no obstante, según las dos autoras, es seguro que la tasa de natalidad comenzó a decrecer a principios del siglo XIX paralelamente a la disminución de la mortalidad infantil. Parece existir, pues, una estrecha conexión entre estos dos aspectos de la vida y la muerte de la infancia. Mientras la mortalidad se mantiene alta y no hay grandes perspectivas de vida para el futuro del niño, la natalidad es ilimitada; cuando, por diversas causas (un mayor cuidado físico y dietético de la madre, partos menos inseguros merced a la intervención médica, mejora de la higiene unida a los descubrimientos pasteurianos, introducción de la vacuna para ciertas enfermedades exantemáticas, como la viruela), disminuye la mortalidad infantil, se produce una reducción de la natalidad (incluso mediante el uso deliberado de la contracepción) y un incremento en los cuidados y el afecto dedicados al niño, en cuya supervivencia se confía más (11). Esto no impide que el número de componentes de las familias permanezca casi constante, ya que el menor número de nacimientos va acompañado por un menor número de defunciones. Y esto, según las dos autoras, ocurre tanto en Gran Bretaña, ya en fase de despegue industrial, como en Francia, aún con economía agrícola en buena parte. La reciente obra de Massimo Livi Bacci (1977) es muy útil para abordar la dinámica de los cambios en los niveles de fecundidad en Italia en relación con la condición femenina y con el devenir social. El autor señala cómo el proceso de la fecundidad ha sufrido profundos cambios en los últimos doscientos años; por ejemplo, la fecundidad comienza a declinar a nivel nacional a finales del siglo XIX; sin embargo, ese declive ya había aparecido en algunas zonas (Piamonte, Liguria, Toscana) antes de la

(10) De las mismas autoras, cf. *Lavoro femminile e famiglia nell'Europa del XIX secolo*, Rosenberg, 1975, pp. 185-227. La obra de E. Sullerot, *Histoire et sociologie du travail féminin*, París, 1968; trad. it., *La donna e il lavoro*, Etas Kompass, Milán, 1969, es de enfoque sociológico.

(11) Sobre las resistencias encontradas a la vacunación contra la viruela, cf. Fadda B., *L'innesto del vaiolo. Un dibattito scientifico e culturale nell'Italia del Settecento*, Angeli, Milán, 1983. Más en general, cf. Cherubini, A., *Medicina e Lotte sociali*, Il Pensiero Sc., Roma, 1980.

unión italiana, ajustándose evidentemente a patrones europeos análogos. El índice de natalidad bajó en el conjunto del país del 37,4 por mil en el decenio de 1862-1871, y la mortalidad se redujo aún más a nivel general. Estos grandes cambios obedecen, según Livi Bacci, a muchas causas; una de las principales, a su juicio, es que «las mujeres, antes destinadas inexorablemente al matrimonio, a los partos frecuentes y a una vejez prematura, estaban ya bastante menos vinculadas a la tiranía de las leyes biológicas» (p. 5).

En definitiva, la muerte (incluida la muerte infantil) es menos frecuente, las graves epidemias han desaparecido y la duración media de la vida se ha duplicado. Esto lleva a una conciencia social (y familiar) que atribuye más valor a la vida individual y, en particular, a la del niño.

LA INFANCIA

Si bien la infancia «es un tema reciente y difícil en el paisaje de la investigación histórica» (Becchi, 1983a, p. 9), hay que señalar también, como indicábamos al comienzo de estos apuntes, que las principales aportaciones a la historia de la infancia nos llegan de otros países. Conviene recordar en primer lugar el estudio ya clásico de Philippe Aries (1961), que representa un punto de referencia constante para esta temática.

Partiendo de algunos datos evidentes, por ejemplo, el hecho de que en la iconografía alto-medieval se representase al niño como un hombre de miniatura, mientras que es típico de la familia del siglo XIX organizarse «con el niño en el centro» (p. 486), el estudioso francés se proponía explicar históricamente este tránsito del *olvido* a la *centralidad* de la infancia.

La novedad de la obra de Aries consiste, pues, en desarrollar, no una historia de los usos o del derecho, sino una historia de la evolución de las diversas actitudes mentales tanto en la familia como ante los niños. Lo que Aries examina es la «historia tácita» de los sentimientos presentes en la cotidianidad del pasado, mediante una investigación que utiliza las aportaciones de la biología y la sociología. Según el estudioso francés, se pasa de una sociedad amplificada en la que el niño, cuando apenas era capaz de valerse por sí mismo, vivía ya como adulto en medio de los adultos, «libre», en cuanto ser autónomo y productivo, a una sociedad que se encierra en núcleos familiares, privatizando a la infancia y segregándola mediante los diversos sistemas «educativos» que implican autoritarismos y régimen disciplinario.

Parece, pues, que se pasó progresiva y paradójicamente de una edad infantil feliz o, cuando menos vivida en formas no constrictivas y no diferentes a las de los adultos, a través de una mayor consideración y valoración de la infancia, a reducir la libertad primitiva mediante vínculos, esquemas educativos, formas de instrucción y largos períodos de preparación para la vida adulta.

Esta tesis aparece en cierto sentido confirmada por la relación, muchas veces negativa, entre el niño y la institución educativa. Quien tenga presente la bella obra de Marie-José Chombart de Lauwe (1971) recordará cómo en el amplio muestrario, tomado de la literatura y del cine francés, que la autora utiliza, el proceso de integración social se produce en medio del contraste entre un mundo del adulto un mundo infantil. Baste señalar las imágenes negativas ligadas a la escuela o, más exactamente, a los colegios-prisión donde el niño, cuanto más auténtico y «natural» sea, tanto más vivirá con disgusto y rebelión las normas sociales que se le imponen. Es significativa la frase que la autora toma de una novela de Anatole France, *Le petit Pierre*, de 1918: «El colegio era feo, sucio, maloliente; mis compañeros eran brutales; mis maestros, tristes» (p. 401).

Estas imágenes están tomadas de fuentes literarias de finales del siglo XIX y principios del XX; ilustran, pues, la realidad de la pasada centuria. Como observa Chombart de Lauwe, sólo en la última posguerra desaparecieron en los escritos literarios las descripciones de los colegios-prisión, señal de su eclipse histórico y también de una transformación interna de la sociedad.

Una obra significativa que enlaza estrechamente la historia de la infancia con la historia de las violencias (12) ejercidas sobre ésta es la dirigida por L. DeMause (1974) y que hemos citado anteriormente. A diferencia de Aries, DeMause no acepta la hipótesis de la «felicidad» inicial de la infancia y, basándose en una periodización que él especifica en la transformación gradual en sentido positivo de la relación entre el adulto y el niño, esboza una historia de la infancia desde la Antigüedad hasta hoy, donde la evolución de los modelos de crianza sigue, como veremos, este proceso: 1) infanticidio; 2) abandono; 3) ambivalencia; 4) intrusión; 5) socialización; 6) ayuda (p. 68-71).

En definitiva, según DeMause, los padres y adultos del pasado no carecían de amor a los hijos, pero les faltaba «la madurez emocional necesaria para ver al hijo como persona» (p. 28). Frente al niño, el adulto puede adoptar diversas formas de «reacción»: puede usarlo para satisfacer su inconsciente (reacción de *proyección*), puede verlo como sustitutivo de un personaje que él echa de menos (reacción de *reversión*) y puede sintonizar con las necesida-

(12) De enfoque general, Chesnais, J.-C., *Histoire de la violence en Occident de 1800 a nos jours*, París, 1981; trad. it., *Storia della violenza in Occidente dal 1800 a oggi*, Longanesi, Milán, 1982. Es posible que el problema de la violencia ejercida sobre la infancia haya experimentado un recrudescimiento en Italia, o bien que ciertos sucesos que antes se callaban salen ahora a la luz debido a una mayor sensibilidad social de la colectividad.

He aquí algunas indicaciones bibliográficas extranjeras e italianas, no exhaustivas, sobre esta temática escalofriante: Leulliette, P.: *Des enfants martyrs*, Seuil, París, 1978; Sebbar, L., *On tue les petites filles*, París, 1978; trad. it., *Si uccidono le bambine* (Prefazione di N. Aspesi), Emme, Milán, 1979; Kempe, C.H., *Child Abuse*, Londres, 1978; trad. it., *Le violenze sul bambino*, Armando, Roma, 1980; Luzzatto Izzi, F.: *Ingiustizia e fatta. Cento storie di violenza sui bambini*, Emme, Milán, 1979; Ammanniti, M.: *Il bambino maltrattato*, Pensiero Sc., Roma, 1981; Caffo, E. (director), *Abusi e violenze sull'infanzia*, Ed. Unicopli, Milán, 1982. Cf. también los volúmenes publicados por la Associazione Italiana per la Prevenzione dell'Abuso all'Infanzia.

des del niño (reacción de *regresión* por empatía); dado que esta última forma de reacción se ha alcanzado recientemente y sólo en determinados segmentos de la población está claro que la variación de los modelos de crianza no es igual en todos los países y en todos los medios sociales; así, la relación con la infancia es susceptible aun hoy de una amplia gama de actitudes que van desde el infanticidio a la relación empática. Escribe DeMause: «Cualquier intento de periodizar la historia de la educación infantil debe tener en cuenta que la evolución psicogenética procede con diverso ritmo en las diversas líneas familiares y que muchos padres quedan bloqueados al nivel de modelos históricos anteriores» (p. 68).

La violencia que se sigue ejerciendo aún sobre los niños deriva de la violencia que el adulto sufrió de niño, y así sucesivamente, en una cadena determinista que hunde sus raíces en el pasado, de generación en generación, y que deja pocas esperanzas de que pueda llegarse a la superación.

Como todo esquema interpretativo, éste de la aplicación de principios psicológicos a la historia de la infancia corre el peligro de ser reductivo, «esquemático»; pero leyendo el volumen entero cuidado por DeMause (1974) y los ensayos que siguen al introductorio, trabajos todos ellos bien documentados (de especial interés el de Priscilla Robertson), se advierte hasta qué punto ha intervenido la violencia en la vida infantil y, lo que es mucho más desolador, se constata que la violencia constituye la norma de comportamiento y ni siquiera ha sido puesta en cuestión.

Así pues, si la obra de Aries marcó el momento del descubrimiento historiográfico de la historia de la infancia, la de DeMause intenta recorrer y fundamentar científicamente tal historia.

Un estudio que resulta valioso para el conocimiento de la historia de la infancia en Inglaterra es el de Ivy Pinchbeck y Margaret Hewitt (1969).

Este estudio de sociología histórica, articulado en dos volúmenes, se extiende cronológicamente desde mediados del siglo XVI hasta mediados del nuestro. Su intento es ilustrar la mentalidad y la atención social dedicada a los *young of the [human] species* (vol. I, p. VII); su radio de acción y divulgación alcanza, pues, más allá del ámbito académico de los historiadores de profesión, en el intento metodológico y «pedagógico» de evidenciar el lento proceso de responsabilización que se produjo en la sociedad inglesa ante el destino de la infancia, desde el paternalismo Tudor hasta la última posguerra. La obra estudia la infancia abandonada, los niños ilegítimos, el adiestramiento para el trabajo y el aprendizaje infantil, el castigo y la reeducación del niño «vagabundo y delincuente», las prácticas religiosas. Además, enlazando con los procesos sociales derivados de la industrialización, como la urbanización y el aumento demográfico, la obra relata la historia de una infancia sin derechos y, luego, del lento proceso de su liberación de una vida de explotación y desidia (desde la *Infants Custody Act* de 1839 hasta la *Prevention of Cruelty Act* de 1889).

Resulta interesantes, en el capítulo dedicado al «escolar» las motivaciones que sustentan la creación, en la segunda mitad del siglo XVII, de escuelas para niños pobres (*Charity Schools*), donde la institución escolar aparece como una forma de control (y no de movilidad) social, y donde se subrayan los efectos «positivos» que la disciplina impartida puede tener en la sociedad. La instrucción y las ayudas económicas que ésta implica deben promover la *humility* en los niños y la *thankfulness* en sus padres (vol. I, p. 288). En definitiva, según las dos autoras, si la escuela de los siglos XVII y XVIII (tanto la de los ricos como la de los pobres) se distingue por las muchas horas de trabajo, las escasas vacaciones y la dura disciplina, su misma existencia es la prueba de la diferencia ya establecida «in the natures of the child and the man», en cuanto que «inproviding a separate institution for children, it gives to childhood and independent and recognisable status» (vol. I, p. 297).

Un tema que ha suscitado y sigue suscitando el interés de los estudiosos de la historia de la infancia es el del abandono del niño por la madre o por los dos progenitores en los primeros días, meses o años de vida, y los intentos de la sociedad a lo largo de los siglos para paliar, racionalizar y, en su caso, prevenir tal problema (13).

El medio más expeditivo para desembarazarse de la presencia indeseada y deshonrosa del niño es, como se ha visto, su eliminación, el infanticidio, presentado a veces por los familiares como un accidente casual (asfixia, ahogamiento quemaduras, etc.). La exposición del niño obedece a la misma dinámica de rechazo; pero si en las madres de hijos ilegítimos el desencadenante es el miedo al juicio social, en las parejas que abandonan a sus hijos legítimos desempeñan un papel primario las dificultades económicas y el elevado número de hijos tenidos anteriormente. En este segundo caso, pues, el abandono no significa rechazo del hijo, e incluso los «mensajes del abandono» (Doriguzzi, 1983) que acompañan muchas veces a los niños para un eventual reconocimiento posterior (fragmentos de imágenes sagradas, monedas, medallas o collares), denotan la voluntad de recuperar al hijo una vez el período crítico (carestía, guerra, epidemia).

M. Elisabeth Bianchi Tonizzi (1983) ha establecido, mediante una investigación sobre las variaciones en el precio del trigo durante una serie de años y el número de niños expósitos en el mismo periodo, una correlación positiva entre los dos fenómenos. También J. Pièrre Gutton observaba en su ensayo

(13) Sobre la infancia abandonada y los niños expósitos se han preparado también muestras o secciones de ellas: indicamos algunos catálogos: Betri, M.L.-Gosi, R., «Gli "esposti" a Milano: 1700-1968», en *Esposti e abbandonati, documenti e immagini sull'assistenza all'infanzia abbandonata a Milano e in Lombardia*, Assessorati Assistenza e Cultura della Prov. di Milano, 1980; Trisciuzzi e De Rosa (1986); De Fort (1985); más en general sobre los diversos aspectos de la vida infantil: Dalle Nogare L.-Finocchi, L. (directores), *Nasceres, sopravvivere e crescere nella Lombardia dell'ottocento 1815-1915*, Silvana Ed., Milán, 1981.

sobre el pauperismo (14) que «la cronología de los niños expósitos y la de las carestías arrojan un notable paralelismo».

La exposición de niños recién nacidos es una plaga social que se remonta a la Antigüedad y está presente en muchas poblaciones y áreas geográficas. Según Himes (1963, p. 11), no sólo las guerras, sino también los sacrificios humanos, las venganzas familiares, la matanza deliberada o el abandono de los ancianos han actuado de frenos al desarrollo demográfico, al igual que la mortalidad infantil, el infanticidio y la exposición; incluso «en un gran número de sociedades primitivas al infanticidio era la regla». La leyenda de Rómulo y Remo puede servir de ejemplo de lo que ocurría en la realidad (Liberti, 1969).

Los primeros intentos de asistencia a la infancia abandonada están ligados al mensaje cristiano de amor y de caridad hacia otros, ya sean pobres, enfermos o niños abandonados. Ya en los primeros siglos después de Cristo hay personas que se ocupan, siquiera en forma espontánea y no regularmente, de la recogida y el cuidado de los niños expuestos en los más diversos lugares (en las encrucijadas, en las escalinatas de casas nobles, en los atrios de las iglesias, etc.). En torno a los palacios episcopales de las ciudades y alrededor de los conventos en el campo surgen hospicios para los niños abandonados, entre ellos expósitos y huérfanos, lugares de asilo que anticipan ya en los siglos VI y VIII ciertas formas de beneficencia institucionalizada que se difundirán desde el siglo XI.

Según los «hospitales» para ayudar a los peregrinos y a los enfermos; una parte de estas construcciones estaba destinada a la acogida y cuidado de la infancia abandonada; fundados y administrados por órdenes religiosas o por las nascentes autoridades municipales, los hospitales responden a las necesidades de ayuda y asistencia de la población; al tiempo que se reconoce al pobre el derecho a ser reconocido, se impone al rico la obligación de hacer beneficencia (Bruttini, 1984).

El término *brefotrofio* (inclusa) ligado a la función de alimentar a los recién nacidos recogidos, es de origen griego y se atribuye a Justiniano (Liberti, 1969).

El mapa sociogeográfico de los centros de recogida de los niños, de su aparición y difusión, no se ha trazado aún; un primer estudio, dirigido a destacar los aspectos demográficos, es el de Giuliana Da Molin (1981), que se refiere a Italia a partir de 1600; los estudios de carácter local, en cambio, aun circunscritos a una sola institución y su territorio, nos ayuda quizá a comprender mejor el problema en sus dinámicas sociales y en sus puntos geográficos. Claude Delasselle (1975) señala, por ejemplo, que el *Hopital des*

(14) Gutton, J.P., *La société et les pauvres en Europe (XVI-XVIII siècles)*, París, 1974; trad. it., *La società e i poveri*, Mondadori, Milán, 1977, p. 71; véase también Pullian B., «Poveri, mendicanti e vagabondi», en *Storia d'Italia*, Annali I, Turín, 1978, p. 981-1047.

Enfants-trouvés fue creado en París el año 1670; en realidad, el fenómeno de la recogida de niños abandonados y de la creación de «*hospitales*» se remonta en Francia a los siglos VI y VII d. C. En el siglo XII, a ejemplo de Cuy de Montpellier, que funda la orden «*hospitalaria*» de los Hermanos del Espíritu Santo para la asistencia a los enfermos, a los expósitos y a los huérfanos, la iniciativa se difunde por toda Europa (Bruttini, 1984).

En Italia, la primera casa de recogida, llamada de San Salvatore Xenodochio, surgió por iniciativa del arcipreste Dateo en 787 d.C. (Gorni e Pellegrini, 1974). En Siena se construyó el Spedale hacia 1090, pero sólo en 1298 se abrieron locales destinados expresamente a la asistencia de la infancia abandonada, que alojaron pronto a trescientos niños (Bruttini, 1984). En otras ciudades, como Verona, una misma institución, la Santa Casa, se ocupaba de socorrer a los pobres, enfermos y expósitos, y sólo a finales del siglo XVIII, en un clima de racionalización y estatalización de la asistencia, algunas instituciones se hicieron cargo de diversos tipos de asistencia (Vivani, 1969). En Novara, el hospital llamado Cada Della Carita di San Michele surgió en el siglo XI, pero sólo en documentos del siglo XVI aparecen los niños expósitos como destinatarios y usufructuarios de la asistencia (Martinengo, 1978).

Institucionalizando el problema y creando asilos para el cuidado y la crianza de los niños expósitos (denominados también *inventi*, *trovati* o *trovatelli*, *projectti* o *proietti*, *reietti*, *jettatelli* o *gettatelli*, *innocenti*, *incerti*, *bastardelli*, apelativos que suenan más o menos como un estigma infamante), la sociedad intentó poner remedio a la práctica del abandono. La elevada tasa de mortalidad infantil que se registraba en aquellas instituciones y también entre los expósitos «de nodriza» en el campo, hace comprender, sin embargo, que el remedio (la recogida) no era mucho mejor que el mal (el abandono). A este propósito, Claude Delasselle (1975) ha señalado que el hospicio de los abandonados era un *gouffre* sin fondo donde desaparecía rápidamente la mayor parte de los niños recogidos (p. 187); incluso algunos estudiosos suponen que, al aceptar el abandono, al hacer «normal» esa práctica, los hospicios para niños abandonados servían en realidad de «agencias para el infanticidio», tolerando, convirtiendo casi en un «infanticidio legal» un fenómeno que llevaba con frecuencia a la muerte del niño expósito (Dodi Osnaghi, 1982). En una investigación de tipo demográfico, Carlo A. Corsini (1976, p. 1040) ha indicado cómo los fallecimientos entre los expósitos del hospital florentino de S. Maria degli Innocenti fueron el 77,2 por 100 de los acogidos en los años 1700-1702, el 89,7 por 100 de los acogidos en 1792-1794 y el 53,1 por 100 de los acogidos en 1841.

Para racionalizar más la expulsión social de los niños, apareció a finales del siglo XV la *ruota* o torno (otros nombres italianos: *curlo*, *buca*, *scaffa*). ¿Por qué motivos se adopta este sistema de recogida y en qué consiste? Los niños abandonados en la calle, a la puerta de las iglesias o del mismo hospital *noctis tempore*, por temor de los responsables a ser reconocidos, morían en ocasiones de modo fortuito (o por los rigores del clima o por ser presa de

animales vagabundos) (Gorni e Pellegrini, 1974, p. 114-116); por eso se difundió la práctica de abrir una ventanita en una pared del hospital que giraba sobre sí misma, «capaz», como dicen en 1801 las *Istruzioni generali per gli esposti* en el sur de Italia, «de contener a un niño recién nacido» (De Rosa, 1978, p. 26). En ese vano se depositaba al niño; una campanilla avisaba a las mujeres que velaban en la habitación contigua de la presencia de un niño abandonado; entonces se hacía girar la caja hacia dentro y el niño entraba a formar parte de los expósitos (15).

Generalmente, los niños así expuestos estaban ya bautizados y una «cédula» colgada del cuello indicaba el nombre que se le había impuesto. No era raro que el niño, antes de ser abandonado, fuese dormido con opio para evitar que sus vagidos llamasen la atención. Dada la elevada mortalidad infantil en general y de los niños expósitos en particular (Della Peruta, 1980), sus esperanzas de vida eran mínimas, pero el que lo abandonaba estaba convencido de que en el *brefetorio* recibiría mejores cuidados y educación de los que él podía darle. Escribe G. Da Molin (1981, p. 87): «La mentalidad popular considera legítimo recurrir al *brefetorio* para planificar la composición familiar y limitar el número de bocas». La contracepción y el abandono eran los medios para limitar el número de hijos, no sólo con objeto de evitar una miseria excesiva, «mais pour assumer a une famille moins nombreuse un certain mieux-etre» (Lebrun, 1972, p. 1188).

Durante el siglo XIX fue cada vez más frecuente la acusación de que el torno, por las garantías de anonimato que ofrecía al que abandonaba a sus hijos, favorecía la exposición y fomentaba la disolución de los vínculos familiares. El aumento de los expósitos legítimos hace pensar que la exposición no la practicaban ya las madres ilegítimas como salvaguarda del honor, sino que se utilizaba como un medio para limitar el número de hijos en las familias más humildes. Se popusieron otras formas de asistencia, como la asignación de subsidios a las madres, y se llegó así a la abolición del torno en Milán el año 1875 y posteriormente en toda la península.

La producción historiográfica actual sobre los expósitos analiza sobre todo el período histórico que corre del siglo XVII al XIX, mientras que los estudios sobre las épocas anteriores son bastante limitados. Por este motivo resulta más valiosa una obra de Lucia Sandri (1982) que reconstruye las formas en que se prestaba asistencia a la infancia abandonada en una pequeña

(15) Según algunos, la introducción del torno de tamaño pequeño, hecho sólo para acoger a recién nacidos, servía para disuadir de abandonar a los niños de algunos meses o ya destetados por las familias legítimas. En algunos casos, los niños eran introducidos a viva fuerza en el torno, causándoles luxaciones en las articulaciones. En Nápoles se actuaba así por la creencia popular de que el que pasaba por el torno gozaría de una especial protección de la Virgen (Gorni e Pellegrini, 1974, p. 97); para limitar el abandono a sí mismos de los recién nacidos en Florencia, en lugar del torno se utilizaba para la exposición una ventanita con barrotes de hierro que sólo permitían la introducción, a través de sus rejas, de niños muy pequeños. Para niños más crecidos era preciso recurrir a la oficina de acogida.

ciudad toscana a finales de la Edad Media. Utilizando abundante material inédito, L. Sandri ofrece una imagen cuantitativa de los problemas (número de niños abandonados, tasas de mortalidad, relación numérica de niños y niñas entre los expósitos, salarios de las nodrizas), y un cuadro de los sectores sociales que vivían en torno al hospital determinando en parte el abandono y obteniendo en parte un pequeño lucro de él, favoreciendo a veces, en los casos de niños supervivientes, el reingreso bajo diversos títulos en tal sociedad. La autora intenta la reconstrucción de las biografías de los padres que realizaban el acto del abandono, de los expósitos y de sus nodrizas. Como escribe Giovanni Cherubini en la introducción a la obra: «Sin inútiles sentimentalismos y anacrónicas transposiciones, reivindica... para las gentes humildes el derecho a tener una historia individual además de la historia colectiva, una historia de sentimientos además de la historia de las condiciones materiales de vida, de igual modo que para los pertenecientes a los estamentos superiores» (p. VIII).

Un número de *Quaderni storici* está dedicado a la historia de la infancia abandonada en los siglos XVII y XVIII: *Sistemi di carita Esposti e internati nella societa di antico regime*, que tiene el mérito de abordar el tema desde diversos puntos de vista, sobre todo el planteando el problema de la intervención benéfica como práctica ya obsoleta que fue sustituida históricamente por el «derecho al socorro», si bien esto creaba, con las relaciones impersonales que lo caracterizaban, un «elemento de alienación».

El prólogo (*Premessa*), preciso y sutil, de Edoardo Grendi (1983) presenta varios aspectos ligados a la práctica de la «caridad»: la consideración del mérito espiritual que se adquiere recibéndola (el pobre debe expresar su reconocimiento y gratitud) y practicándola (el rico acumula méritos, renunciando en parte a su dinero); la catalogación de los «pobres», partiendo de una taxonomía previa de las necesidades, en la que los niños abandonados comenzaban a conquistar, junto con las mujeres, un puesto importante; por último, un aspecto no menos significativo, la evolución del nexo entre las necesidades del internamiento y los edificios adecuados, entre la afirmación de la idea de segregación y la estructura segregante.

Las estrategias políticas y familiares, los roles de mediación social relacionados con la infancia abandonada y motivados por ella constituyen la base de los ensayos de Sandra Cavallo (1983) y Giovanna Cappelletto (1983). Ambos son fruto de investigaciones realizadas a nivel local; el primero analiza las relaciones entre la institución (Ospedale S. Giovanni de Turín) y la tendencia al recurso a la nodriza en una determinada área geográfica (Canavese); el segundo estudia la acogida de niños abandonados en la Santa Casa di Pieta de Verona. El niño abandonado solía ser «hijo de desconocidos», a menudo era el hijo ilegítimo que la madre dejaba al no poder hacerse cargo de él. En la Santa Casa veronesa, además de las dependencias para las parturientas había un pabellón para las madres solteras, denominadas «veladas»

o, como en Toscana (Bruttini, 1984), «gráficas ocultas», donde podían dar a luz y abandonar al hijo sin desvelar su identidad.

Otros aspectos del abandono aparentemente marginales, pero en realidad muy ligados a la dinámica de las costumbres, a la economía del trabajo y a la estructura social, están constituidos por la diferencia de sexo en la exposición, por las épocas (estaciones) del abandono y por la denominación de los expósitos. Nos limitamos aquí a presentar algunos problemas que se han planteado los estudiosos del abandono como una prueba de la importancia que revestiría su profundización. Por ejemplo, mientras que el sexo no era importante en la exposición de los ilegítimos (la voluntad de abandono precede al parto y es determinante al margen de sexo del recién nacido), la diferencia sexual adquiere un papel relevante en la exposición de niños legítimos por la importancia social atribuida a una descendencia masculina, dada la mayor capacidad laboral de los varones y las dificultades para una familia pobre de «dotar» docorosamente a una hija (Brutini, 1982). De los datos aportados por Da Molin (1981) se desprende la tendencia a una mayor exposición femenina, especialmente en los hospicios de las ciudades; ese predominio de las expósitas debe atribuirse a la fuerza-trabajo potencial representada por los varones y, en sentido contrario, a la carga que representaba la mujer dentro de la economía familiar (p. 115-128).

Conviene abrir aquí un paréntesis acerca del infanticidio y de la sobremortalidad femenina. A propósito del infanticidio, Christiane Klapisch (1978) y Emily R. Coleman (1974) han planteado el problema de una tendencia más marcada a la eliminación de las niñas su crianza era costosa y el gasto no era compensado, como en el caso de los niños, por la prestación laboral; incluso, al casarse, las chicas mermaban la herencia de los hermanos y su posibilidad de formar un hogar).

El historiador francés Gérard Delille (1974) ha observado en el curso de sus investigaciones una sobremortalidad femenina a partir del primero o segundo año de vida y la explica por la diferencia de alimentación entre niños y niñas. De hecho el destete de las niñas se producía antes que el de los niños; además, se reservaban los mayores cuidados dietéticos (alimentos más ricos) al primer hijo varón. Todo esto, según Delille, debe considerarse, «de modo global», como una inferioridad general de la mujer en todos los campos de la vida cotidiana y de la vida social», uno de cuyos aspectos era la soledad y la marginación de la mujer, incluso adulta; no es un azar que las mujeres «fuesen mayoría entre los mendigos» (p. 275-279).

Un dato que afectaba negativamente a las expósitas aparece también subrayado por Corsini (1976, p. 1003): se trata del fenómeno de la restitución de los expósitos a las familias de origen que las reclamaban: en el momento de entregarlos a los padres, la edad era inferior para los niños y superior para las niñas, señal de que los primeros eran buscados antes que las segundas.

Otro aspecto especial del abandono es que no se producía en todos los

períodos del año, sino según ritmos bastante recurrentes que correspondían a los ciclos estacionales del trabajo agrícola y a la capacidad de subsistencia material. La mayor afluencia de expósitos se registraba en primavera, en el trimestre marzo-mayo, y correspondía a la penuria anterior a la cosecha y a las migraciones estacionales de la mano de obra campesina. Pero si esta mayor proporción de niños abandonados parece proceder, en el sector de los hijos legítimos, de las mayores dificultades económicas de las familias en ese período del año, cabe aventurar la hipótesis de que los abandonados primaverales correspondiesen al fruto ilegítimo de amores estivales favorecidos por el trato y la promiscuidad durante los trabajos del campo (Bianchi Tonizzi, 1983).

Otra peculiaridad del abandono consiste en la denominación de los expósitos, denominación que varía en las diversas zonas geográficas y en los distintos períodos históricos. Los apellidos impuestos de oficio a los niños abandonados variaban de una institución a otra, pero muchas veces representaban un estigma infamante para su portador: en Milán se los denomina *Colombo*, en Florencia, *Degli Innocenti*, *Innocenti*, *Nocenti*, *Nocentini*; en Siena, *Della Scala*; en Roma, *Proietti*; en Nápoles y en el Mezzogiorno *Esposito*, *Degli Espositi*, *Del Frate*, *Del Prete*; en ciertos apellidos se subraya la «paternidad pública» de los expósitos: *Dio*, *Casadei*, *Di Pieta*, *Casa Grande*. A nivel popular se les aplicaban apelativos curiosos; por ejemplo, en la zona meridional se los llama *figli della Madonna* (hijos de la Virgen); en Trieste, *figli di Sua Maesta*, y, más francamente, *figli dei soldati* (*Militarkinder*) (Trisciutti e De Rosa, 1986).

La costumbre de dar idéntico apellido a los expósitos de una misma institución producía en definitiva confusión y creaba prejuicios. En Toscana se prohibió ya en 1817 dar a los expósitos un apellido que recordase su «origen vicioso» (Bruttini, 1984, p. 23); la gente, por su parte, solía llamarlos con «términos deshonorosos» (Viviani, 1969, p. 24). Al niño expuesto había que darle un apellido que no indicase su condición de tal, que no evocase la idea de indecencia o ridículo y que no se confundiera con los apellidos de familias ilustres.

Rocco Liberti (1969), en un artículo dedicado a los «hijos de nadie» en Calabria, recogió un gran número de apellidos dados a niños abandonados, fruto de fértiles fantasías y tomados de la historia patria en diversos momentos históricos. Abarcan desde Eugenia Orsini (1860) hasta Santo Quintino (1885), Giovanna Libia (1912), Pasqualino Piave (1919), etc. Algunos apellidos se refieren a nombres de santos, de personajes de la historia de la literatura y del arte, a países y ciudades.

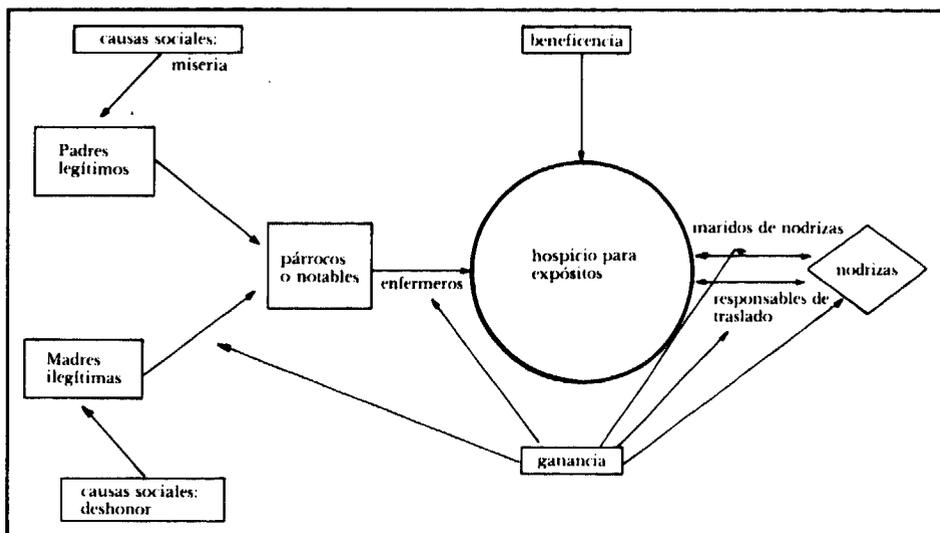
Las causas principales del abandono se conocen suficientemente (ignorancia y desconocimiento del niño como ser humano digno de respeto, inferioridad familiar y social de la mujer, situación de grave miseria económica de la población); sobre los períodos y las modalidades hemos hecho ya algu-

nas indicaciones; interesa también considerar, aparte el dato del abandono, el papel desempeñado por las instituciones y por la red de mediadores en el complejo proceso de la asignación, situación en la que el niño está en el centro, pero como objeto de cambio, como elemento económico de cuya gestión las mujeres están excluidas, salvo en la aportación biológica; como veremos, en efecto, la mujer es madre, comadrona y nodriza, pero su destino y el de la infancia dependen de las decisiones masculinas.

Si se ha hablado de «degollación de los inocentes» a propósito del abandono y de la mayor mortalidad «recurso de los expósitos» para referirse a la entrega a la nodriza, sí es cierto, como recuerda S. Cavallo (1983, p. 402), que en una humilde economía local de tipo agrícola la crianza de la nodriza constituía una fuente de ingresos importante (tres o cuatro años del salario de una nodriza equivalían a la dote pagada comúnmente por las clases más pobres para casar a una hija). También Carlo Gatti (1983, p. 24) señala cómo en zonas agrícolas donde regía una economía de autoconsumo, la institución de la nodriza era frecuente porque las familias se interesaban por una actividad que equilibraba la balanza familiar.

Desde las comadronas hasta los amigos de la familia que llevaban al niño al párroco o a los notables para que fuera acogido en la institución de asistencia, desde la enfermera que lo presentaba hasta los dirigentes de la institución, y desde los sacerdotes de zonas elegidas para la crianza hasta quienes trasladaban al niño a su destino y hasta los maridos de las nodrizas, que servían de enlace con el hospicio, el niño pasaba por varias manos (cf. tabla 1);

Tabla 1. Generalización del proceso de abandono y tutela.



Fuente: Tabla resultante de diversas lecturas; en particular: Peyronnet (1976), Sandrin (1982), Cappelletto (1983), Cavallo (1983).

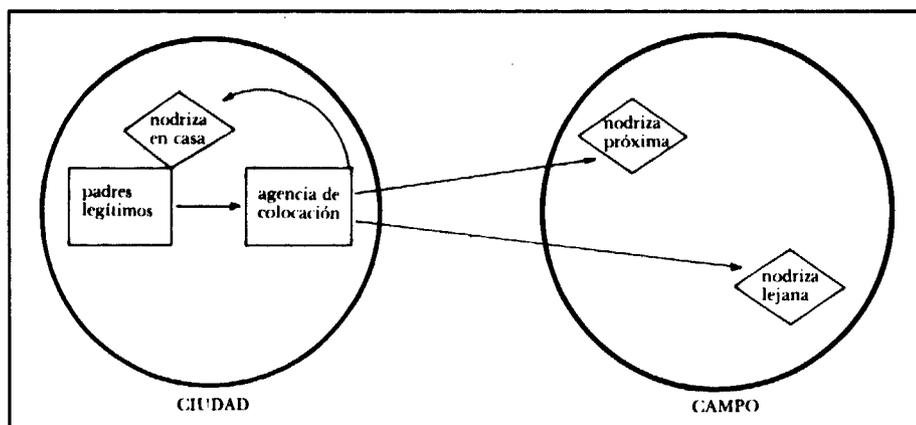
entraba en la institución procedente de zonas periféricas o urbanas y salía de ella para ser remitido a zonas salubres y, sobre todo, lejanas de los lugares donde era recogido (allora siempre la preocupación del incesto para los hijos de padres desconocidos).

A propósito del destino geográfico de los niños confiados a nodrizas directamente por las familias (según un uso social que se practicó ampliamente entre los estamentos urbanos durante el siglo XVIII), se ha hecho notar cómo la distancia entre la residencia de los padres y la de la nodriza solía ser inversamente proporcional al grado de riqueza familiar. De hecho, el que podía pagar más, podía contar con nodrizas más próximas (incluso en casa), y el que pagaba poco tenía que enviar el niño más lejos; como la casa de la nodriza era a menudo fuente de mortalidad (falta de higiene, de alimentación, variaciones climáticas), el niño que era llevado a menor distancia tenía mayores probabilidades de sobrevivir; además, la proximidad permitía a la familia de origen visitarlo más a menudo y ejercer un mínimo de vigilancia sobre la labor de la nodriza (cf. tabla 2).

Una obra de Maria Grazia Gorni y Laura Pellegrini (1974), dedicada a la historia de la infancia abandonada en Italia durante el siglo pasado presenta los criterios de selección adoptados por el hospicio milanés de S. Caterina. Los distritos que absorbían el mayor número de expósitos eran los de economía principalmente agrícola y donde la fuerza-trabajo de los expósitos podía utilizarse más fácilmente desde la más tierna edad.

La entrega de los expósitos a la nodriza no era, pues, un hecho que se agotase con la muerte o con la devolución del niño ya destetado a la institución. Interfieren otros problemas; en primer lugar, la formación, en algunos casos, de lazos afectivos entre la nodriza y el niño, con la acogida consi-

Tabla 2. Nodriza.



Fuente: Tabla resultante de diversas lecturas; en particular: Daleselle (1975), Badinter (1980), Gatti (1983).

guiente de éste en el ámbito familiar. Un aspecto importante y recurrente en la entrega del expósito, ya fuese desde un principio o cuando se hallase en edad laboral, a cualquier familia de agricultores o de artesanos era el relativo a la garantía y salvaguarda de la moral en el seno de esta última. La familia que se hacía cargo de los expósitos tenía la obligación de educarles y prepararles para el trabajo supliendo a los padres. Por eso los hospicios preferían colocar a los niños «en el campo», donde se suponía que la moral era menos «depravada» y no había «ocios ni lujo», y, en caso de colocarlos en ciudades, elegían casas de artesanos que pudieran enseñarles un oficio. Por otra parte, la vida de los expósitos que empezaban a trabajar de adolescentes en un taller o en el campo no difería de la de otros muchachos y muchachas que las familias respectivas confiaban o cedían por motivos análogos. Aunque se insistiera en la enseñanza de la moral cristiana y en la preservación de las costumbres, la realidad era la de un trabajo duro y una explotación de menores que constituía la norma en los códigos del orden social.

Los intelectuales italianos de finales del siglo XIX no dejaron de señalar, como observa Angelo Semerato (1980) en un original ensayo sobre *Infanzia e Istituzioni in Terra d'Otranto*, cómo el expósito quedaba «indefenso frente a la codicia y la brutalidad de las personas extrañas con las que convivía» (p. 43); pero, al mismo tiempo, los *Regolamenti* que disciplinaban la labor de la nodriza (Semerato cita uno en vigor en Lecce el año 1888) insisten siempre en que se prepare a los niños a una «vida honesta y laboriosa» como «medida preventiva de defensa social» (p. 17). Partiendo de una amplia documentación de archivo, el autor traza un cuadro dramático de la exposición y de la asistencia a la infancia abandonada en Lecce y en Taranto. Analiza también el debate en favor de la institucionalización de los expósitos después del primer período de vida, ya que, abandonados a sí mismos «y vagando por los caminos a su antojo», acababan llevando una «vida depravada» (p. 7). En lugar de las «nodrizas pagadas» y de una vida de miseria y de explotación, se propone como alternativa la acogida de los expósitos en *brefotrofi* y orfanatos, donde la educación e instrucción preparen a los niños para el reclutamiento militar y para el trabajo de la tierra, y la preservación de la pureza de las niñas, «hijas de la desgracia», custodiándolas hasta los dieciocho años. De hecho, como observa el autor, mientras que se indica la necesidad de instruir a los muchachos en las artes, en los oficios y en la agricultura, a las muchachas sólo se ofrece como aportación positiva su segregación de una sociedad que pronto las hubiera corrompido (p. 12-13). En realidad solía considerarse a los expósitos como sujetos en riesgo, víctimas o propensos (por una ambigüedad que se atribuía en parte a sus orígenes) al «virus» de la delincuencia o de la prostitución, vicios de los que sólo el trabajo parecía capaz de salvarlos.

En un estudio sobre la condición infantil en la sociedad de Parma durante el siglo XVIII, que aborda entre otras cosas los aspectos sociales cuantitativos del fenómeno de la infancia, el grado de conciencia existente al res-

pecto, la presencia de organismos asistenciales, las instituciones escolares y el trabajo de los menores, Roberto Lasagni (1979) muestra cómo, cualquiera que fuese la edad de los muchachos (en general oscilaba entre los 7 y los 11 años) y su tipo de trabajo (los niños de ciudad ejercían, sobre todo, el oficio de peluquero, sastre, zapatero, hilador o tejedor, herrero o calderero, carpintero), los horarios establecidos preveían que trabajasen «tanto como los otros operarios (doce horas al día) y con un salario obviamente más bajo» (p. 147). Este sistema coercitivo y agobiante quedaba mitigado en las pequeñas empresas artesanales de explotación familiar, donde la relación entre el patrón y el muchacho trabajador era de tipo paternalista, y donde aquél enseñaba a los jóvenes las reglas de trabajo, pero también las reglas de vida. Un edicto de 1780 contra la explotación indiscriminada urgía «a cada patrón de taller procurar el progreso de sus aprendices haciendo de ellos útiles para la profesión y para su mantenimiento futuro, a tratarlos con humanidad afectuosa y animarlos pacientemente, dada su impericia en el arte que están aprendiendo; a guiarse, en fin, en el trato con los principiantes por las máximas y los sentimientos de un buen padre de familia» (p. 147).

Se insistía, pues, en un tratamiento más humano de los muchachos por parte de los patronos; pero la figura del jefe de taller estaba fuertemente cargada de autoridad profesional, moral y social, y al joven incumbía aceptar una relación subalterna para no verse marginado de una organización socioeconómica que constituía el sistema de vida reconocido. El aprendizaje se producía mediante la identificación del joven con su patrón, que era para él un punto de referencia; no se trataba de una simple conducta imitativa, sino de la interiorización de valores y modelos existenciales, vividos como positivos, en proyección, para su propio futuro.

Carlo Pancera (1979) escribe en un breve pero interesante ensayo: «En el caso específico del trabajo de los menores durante el siglo XVII (...), el proceso de socialización representaba para el joven el paso lento de una primera fase "pre-laboral" a un ingreso pleno en un arte u oficio específico; esto significa que, mientras por un lado había una presión condicionante, incluso represiva, por parte del maestro, por otro lado el aprendiz se identificaba con los valores que se le proponían, aceptando gradualmente su propia condición actual y las perspectivas implícitas en ella» (p. 79).

El *maitre de metier* es mucho más que un *instructeur*, escribe Juan de Viquerie (1978); posee, como los mismos padres, «le droit de correction (que permite pegar a los hijos, expulsarlos de casa e incluso hacerles encarcelar)» (p. 22-25). El patrón podía, pues, castigar, y esta facultad le venía directamente del derecho paterno; él debía, en efecto, «gouverner l'apprenti et l'élever en la religion catholique»; el joven, en compensación, formaba parte de su familia y debía ser un servidor fiel de ella, defender sus intereses y no divulgar sus secretos (p. 303).

En cambio, la no aceptación de las reglas sociales, la falta de integración,

hacían saltar automáticamente los mecanismos de castigo y de marginación. Para los expósitos de uno u otro sexo, las medidas de represión eran inmediatas: en la Toscana granducal las muchachas, para tener una dote y casarse, debían presentar un certificado de buena conducta, y los muchachos «que no se mostrasen inclinados a dedicarse al ejercicio de algún arte u oficio» eran reclutados coercitivamente en la milicia (Bruttini, 1984); en la Italia septentrional, bajo el dominio napoleónico, se dispuso que los expósitos que después de cumplir los 11 años no hubieran encontrado una colocación definitiva, quedasen asignados al mando militar para ser tambores o pífanos» (Martinengo, 1978, p. 41).

Los que escapaban a las mallas de este control social o quedaban marginados por la sociedad iban a engrosar el ejército de los vagabundos, mendigos, desarraigados de la tierra, incapaces de seguir las reglas (aprendizaje y de productividad) que regían el orden social. De hecho, las acusaciones habituales que los tribunales hacían a los vagabundos eran las de no trabajar de modo continuo, ejercer diversas actividades o ser molestos, intemperantes; sólo en casos más graves se les acusaba de ser violentos o viciosos, de vivir o sobrevivir del hurto. En Venecia, durante el siglo XVIII, se condenaba a los vagabundos al reclutamiento forzoso en la milicia; con este objeto se creó a finales de siglo un cuerpo de *travagliatori* para ser utilizados en las obras públicas de Dalmacia y en Levante. Las penas impuestas a los vagabundos solían ser graves, como señala Francesca Maneghetti Casarin (1984, p. 229), para que sirvieran de aviso a la juventud, demasiado «inclinada al ocio y al vicio». En Toscana, para combatir la carestía y el consiguiente desplazamiento de las poblaciones montañosas y rurales a la ciudad, el gran duque Pietro Leopoldo autorizó en 1767 la realización de obras viales y fluviales donde pudiera emplearse la población indigente, y esto, como escribe Luigi Cajani, «para ligar a los pobres a las comunidades de residencia y facilitar su control» (1982, p. 191-192); entre la mano de obra local había que reclutar también a los menos fuertes, a «braceros débiles por la vejez y la tierna edad» (p. 192), que recibían un salario en proporción al trabajo realizado.

El trabajo era, pues, fuente de normalización social y modelo ético-pedagógico que influía tanto en la sociedad como en las instituciones reeducativas. Por algo los cultivadores decimonónicos de la *scienza paupertaria*, como Genovese y Romagnosi, proponían la construcción de «casas de trabajo», es decir, centros públicos para el trabajo forzado de los indigentes (Cerami, 1979) y, en particular, de chiquillos miserables y ociosos, reacios a todo trabajo honesto, cuya existencia se consumía en las tabernas, en las calles y en las plazas, y a los que era preciso reeducar «aficionándoles al trabajo» (Rossi, 1983, p. 45).

En el panorama protoindustrial italiano, sobre todo en Lombardía, en el período histórico que transcurre desde 1750 a 1860, durante una etapa de acumulación denominada primitiva» (Ballestrero e Levrero, 1979, p. 8), exis-

tía una situación de «cuasi vagabundeo» de la clase obrera textil desarraigada de la tierra; por entonces el uso intensivo de niños y niñas de «dedos ágiles» empezó a denominarse «trata de niños blancos» (p. 21). El vagabundeo endémico fue una respuesta en negativo a la normalización operada con la explotación de la vida fabril, y representó una rebelión contra el trabajo como integración social, en parte por una dificultad real de inserción en los nuevos procesos productivos, regulados por necesidades distintas y en los que el criterio del tiempo era diferente al utilizado en el campo, donde los trabajos estaban ligados al ritmo lento de los ciclos estacionales (16). Con la llegada de la revolución industrial se empleó cada vez más al niño o al muchacho en trabajos fabriles; se le acostumbraba a obedecer para hacer de él un trabajador dócil y sometido y para sustraerle, como escribía el conde C. Ilarione Petitti di Roreto en 1841, «a una vida trashumante y ociosa» (17). Pero quizá no siempre fuera su vida así: en unas páginas todavía hoy sugestivas, John Dewey (18) subrayaba, a finales del siglo pasado, los efectos educativos de la distribución del trabajo en el ámbito doméstico, la creación de «hábitos» de orden y destreza, el sentido de responsabilidad que el muchacho adquiriría al realizar una tarea precisa que era necesaria en la economía familiar, mucho más que el trabajo despersonalizante de las industrias.

La modernización, la ruptura de un sistema de vida patriarcal, desgarró además el tejido de las relaciones jerárquicas dentro de la familia y generó lo que John R. Gillis (1974, p. 51) ha llamado «juventud inquieta».

Haciendo referencia al obrero «mercader de esclavos», es decir, vendedor de las prestaciones laborales de la esposa y los hijos, según Marx (19), Jean Sandrin (1982) habla de la preparación precoz de los niños para el trabajo en la fábrica y se pregunta si «les parents sont-ils des négriers?» (1982, p. 107); la explotación del trabajo de los menores no era sólo una práctica de los industriales, sino también de las familias, en cuya economía el salario de los hijos resultaba muchas veces insustituible.

El grave problema de la inestabilidad del núcleo familiar como consecuencia del duro trabajo de fábrica, del empleo en él de mujeres y niños, y de

(16) Cf. Le Roy Ladurie, E., «Il clima: la storia della pioggia e del bel tempo», en Le Goff J. y Nora P. (director), *Faire de l'histoire*, París, 1974; trad. it., *Fare Storia*, Einaudi, Turín, 1981.

(17) Petitti di Roreto C.I., *Sul lavoro dei fanciulli nelle manifatture*, Turín, 1841, recogido en id., *Opere scelte* (director G.M. Bravo), Einaudi, Turín, 1969.

(18) Cf. Dewey, J., *The School and Society*, Chicago, 1899; trad. it., *Scuola e Società*, La Nuova Italia, Florencia, 1949, p. 4-6.

(19) Cf. Marx, *Il Capitale*, libro I, trad. it., di D. Cantimori, Ed. Riuniti, Roma, 1964, cap. XIII, p. 439). Según Marx, la demanda de trabajo infantil suele asemejarse, aun en la forma, a la demanda de esclavos negros. En las mismas páginas señala la alta mortalidad infantil existente durante los primeros años de vida entre los hijos de los obreros, debida en buena parte a las malas condiciones de vida y de trabajo de las madres; a este propósito habla también de «alojamiento» materno, de muerte por inanición y de «envenenamiento intencionado» de los recién nacidos con sustancias opiáceas (p. 441).

la desocupación masculina consiguiente lo había analizado ya en tono reivindicativo Engels (20) en su ensayo *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Viviendo en establos y en medio de una suciedad impresionante, enviados a trabajar desde la más tierna edad (Engels habla incluso de niños de dos a tres años empleados en las minas), los niños crecían faltos de todo cuidado, y los que lograban sobrevivir alcanzaban muy pronto la autonomía; frecuentemente se sentían explotados por sus padres, que, por falta de trabajo, vivían a veces a sus expensas. Escribe Engels: «Los niños no se sentían unidos a sus padres por ningún vínculo de deber o de afecto»; sin horarios, fuera de todo control familiar, una vez terminado el extenuante trabajo, en lugar de volver a su casa-tugurio, permanecían juntos en pequeñas bancas y merodeaban como vagabundos.

Tales descripciones, que subrayan la miseria, el desorden y la explotación, dan a conocer el arduo proceso que siguió la dignificación de la infancia en los diversos períodos históricos y en los diversos estratos sociales.

Dina Bertoni Jovine (1963), que tuvo el mérito de figurar entre los primeros especialistas interesados por estos problemas en Italia, señalaba en su libro *L'alienazione dell'infanzia* cómo debido al retraso en el inicio y el desarrollo del proceso industrial, el trabajo de los menores y la explotación de éstos se centraron en el mundo rural, si excluimos los niños empleados en las minas de azufre de Sicilia y en la industria textil del Norte. La autora subrayaba, en cambio, el vagabundeo infantil y la explotación de la mendicidad (trata de niños).

Con la unidad italiana, el Parlamento hubo de pronunciarse sobre el fenómeno generalizado del vagabundeo de menores; el fenómeno era imputable en parte a personas sin escrúpulos, trashumantes «profesionales», que compraban o alquilaban a las familias, en la provincia de Caserta o en Basilicata, niños y niñas que luego utilizaban en Francia, Inglaterra o Estados Unidos en «oficios ambulantes» que servían de tapujo a la mendicidad para provocar la compasión (Ferrari, 1985). También en esta ocasión se insistió en la necesidad de prevenir el «vergonzoso tráfico» creando «asilos de infancia y escuelas de trabajo para niños abandonados» (p. 92); es evidente, sin embargo, que muchas veces eran las tristes condiciones de vida las que provocaban la indiferencia de los padres hacia sus hijos.

Si el cuento de Pulgarcito y sus hermanos abandonados, «extraviados» en el bosque por sus padres, que no tienen para darles de comer, representa un abandono de los hijos cruel, pero motivado por la miseria, ciertas novelas infantiles del siglo XIX, que describen a vagabundos, organilleros y niños en busca de su familia, presentan un final feliz (el reencuentro de la madre, por ejemplo) que da seguridad y felicidad al pequeño lector, pero que no refleja

(20) Cf. Engels, F., *La situazione della classe operaia in Inghilterra*; trad. it. di R. Panzieri, Ed. Riuniti, Roma, 1978, pp. 266, 268-69, 276.

la realidad, mucho más dura y brutal. Con todo, aparte de su compasión hacia el explotado, la sociedad quería redimir al niño pobre: para la mentalidad burguesa, basada en el carácter sagrado de la propiedad, el muchacho marginado se convertía en el «rapaz abandonado», el ladronzuelo, el asocial al que era preciso castigar, neutralizar, encerrar (Rossi, 1983).

Las desigualdades sociales llevan consigo un inevitable destino de inferioridad; lo hemos visto en el caso de los expósitos, pero es aplicable a los hijos de las clases más pobres y explotadas: la diversidad significaba a menudo marginación y ésta provocaba a su vez la desviación social; en estos jóvenes, los mecanismos de autodefensa derivaban a veces en abierta rebeldía y luego en un incremento de la delincuencia, lo que venía a confirmar las teorías positivistas basadas en las férreas leyes biológicas de la herencia (Chevalier, 1958). No nos parece un azar que en Trieste, por ejemplo, el año 1871, junto a la institución que prestaba los servicios de asilo para los abandonados se construyera un reformatorio (Fabi, 1980, p. 37).

Escribe Roberto Audisio (1985, p. 197), a propósito de la «Casa di educazione correzionale pei giovani discoli di Torino»: «Ocho horas diarias de trabajo en común, en silencio absoluto, instrucción elemental, servicios religiosos, aislamientos nocturno y un mecanismo sabiamente dosificado de premios y castigos debían transformar a aquellos muchachos discolos en trabajadores avezados a la dureza, a la sobriedad, a la obediencia, a la paciencia y al esfuerzo metódico y periódico». También en Francia, a mediados del siglo XIX, comienza la organización de colonias agrícolas para el *redressement des enfants*; los medios usuales para alcanzar este fin eran las recompensas y los castigos y la creación de condiciones de emulación entre los muchachos (Ostenc, 1985).

Esto es lo que respecta a la infancia «peligrosa» (De Fort, 1985). Para la infancia «normal», en cambio, se pone en marcha la institución escolar y, antes de ella, todos los centros (asilos, parvularios) dedicados al cuidado físico y moral del niño pequeño y menos pequeño (Catarsi e Genovesi, 1985). A mediados del siglo pasado se produjo en Italia, según Marcella Rossi (1983), el «esbozo de un plan de "educación" de las clases populares para su inserción en los esquemas del desarrollo capitalista mediante la asistencia a la infancia y la escolarización /...). Dentro del espíritu de la nueva ciencia social, que considera la "ignorancia" como la causa principal de la delincuencia, la institución educativa pasa a ser un aparato básico de la ingeniería social». Se han realizado importantes estudios sobre los procesos de alfabetización en los Estados modernos y sobre el inicio en Europa de los diversos sistemas escolares nacionales (21), y en ellos se subrayan los aspectos filan-

(21) Damos a continuación algunas referencias, no exhaustivas, sobre tan amplia temática. Sobre los procesos de alfabetización de Europa, cf.: Cipolla, C.M. (1969), *Literacy and Development in the West*, Harmondsworth Midd.; trad. it., *Istruzione e sviluppo. Il declino dell'analfabetismo nel mondo occidentale*, Utet, Turín, 1971; en Francia: Furet, F.-Ozouf, J., *Lire et écrire*.

tropicos e ilustrados propios de las distintas fases de desarrollo (desde el asociacionismo privado hasta la legislación pública); sin embargo, creemos que suele infravalorarse uno de los factores principales que determinaron la institucionalización de la infancia mediante la escuela, a saber, la necesidad de separar a los niños del contexto social de procedencia para transformarles y hacer de ellos el soporte integrado de un nuevo sistema político-económico. Inicialmente, pues, los fines de tal operación no eran únicamente culturales o profesionales, sino formativos, de orden social, al considerar la infancia como una categoría incómoda, libre, «salvaje», anárquica, que era preciso disciplinar, orientar hacia el aprendizaje, la salvaguardia y la difusión de los valores burgueses de producción, ahorro y progreso (Foucault, 1976). El control del cuerpo se convirtió en obsesión; era creencia común que cada momento del día (y de la noche) del niño debía ser objeto de control, de educación, para proteger su inocencia y preservarlo del mal.

Refiriéndose a la ambivalencia existente en la concepción que los ilustrados tenían de la educación, observa este propósito D. De Vigili (1982, p. 51): «Decir que la infancia es la edad de la inocencia no ha significado nunca la aceptación de la conducta infantil en todas sus manifestaciones por su inocencia, sino que los adultos que se ocupaban legalmente de la infancia estaban dispuestos a reconocer como expresiones legítimas del niño únicamente aquellos comportamientos que ellos considerasen como inocentes».

Si la creación de las guarderías infantiles, si bien como instrumentos de custodia más que pedagógicos (Tomasi, 1978), ha constituido una ayuda para las madres trabajadoras y, más en general, para las familias indigentes, en la medida en que ha representado de hecho una prevención del abandono, que se había convertido en práctica común, la escuela, junto con el ejército, los hospitales y las cárceles, integra el proceso moderno más general de *renfermement* de los pobres y o, más exactamente, de las clases subalternas. La creación de una institución escolar generalizada y obligatoria para todos es, pues, la expresión real, para bien y para mal, del «descubrimiento de la infancia», de su valoración, pero también de la necesidad para la incipiente sociedad industrial de conformar a sus miembros más jóvenes para servir a sus propias necesidades y fines.

Un estudioso francés, Maurice Crubellier (1979), ha dado especial relieve a estos aspectos de la institucionalización infantil mediante la escuela y su disciplina. «Il est sur —escribe— que l'école a été historiquement autre chose que la norme de l'éducation et qu'elle a plutôt été le moyen choisi par la société bourgeoise ou industrielle ou capitaliste... pour former, c'est-à-dire a

L'alphabetisation des français de Calvin a Jules Ferry, Les éditions de Minuit, Paris, 1977, 2 vols.; en Italia: Vigo, G., *Istruzione e sviluppo economico in Italia nel secolo XIX*, II.TF., Turín, 1971. Sobre el inicio de los sistemas educativos nacionales en Inglaterra, Francia e Italia remitidos a las obras de Musgrave (1967), Lawson y Silver (1973), Frost (1968), Tomasi y otros (1978) y Santonio Rugiu (1979).

la fois pour informer et pour conformer une jeuneusse qu'elle voulait adapter a son fonctionnement, intégrer a ses mecanismes» (p. 6).

En la Italia liberal, el destino de la infancia está caracterizado por la «privatización» y la explotación (Becchi, 1979, p. 42; Cambi, 1985, p. 9); por un lado, en efecto, la familia burguesa protege cuidadosamente a sus hijos y, por otro, la familia proletaria contribuye a la explotación de los suyos; como escribe Egle Becchi, «en la familia obrera, los hijos son alienados precozmente en el proceso productivo; en la familia burguesa... se exaspera el autoritarismo del padre hacia la prole y hacia la madre» (1979, p. 46). Pero el niño burgués y el niño proletario, pese a los diversos estilos de vida inherentes a su crianza y su desarrollo, el primero con una formación (escuelas, maestros, libros, juguetes) hecha a medida para él, el segundo compartiendo con los mayores, en la familia o fuera de ella, una existencia de miseria, esfuerzo y violencia, están unidos por un destino social común: en ambos casos las normas existenciales aparecen trazadas, a través de los estudios o de la preparación laboral, por la intervención directa, cada vez más estrecha y personal, de los adultos.

Es innegable que en este acercamiento de los adultos a la infancia, en esta voluntad de mejorar sus condiciones, de insertarla en la vida comunitaria, de formarla como futura clase dirigente o como clase trabajadora capacitada, se observa una atención nueva y un interés diferente y, en ciertos casos, una mayor ayuda, pero también un aumento del control y de la inhibición. Es cierto que se empieza a condenar la violencia física aplicada a la infancia, pero al mismo tiempo se ejerce aquélla de un modo más sutil y no menos peligroso por la vía psicológica.

El supervisor de la conducta era el maestro, que además y quizá por encima de la instrucción debía enseñar la moral, la «buena educación», el respeto, el orden y extendía su control más allá de los muros escolares, vigilando la conducta cotidiana de los niños. Tanto el maestro ignorante y toso de la más apartada aldea como el que poseía una cierta preparación pedagógico-didáctica y enseñaba en los barrios distinguidos de la ciudad, tenían la obligación de vigilar, censurar o castigar el comportamiento de sus alumnos; al evaluar a un muchacho, se tenían en cuenta, más que su «aplicación en el estudio» o su rendimiento, su «conducta moral», sus hábitos buenos o malos (22).

La infancia, «normalizada» en el complejo dispositivo de vigilancia representado por la familia, la escuela y el trabajo, busca lógicamente una existencia alternativa en la fuga o en los sueños (Becchi, 1984, p. 717), una existencia que el personaje de Collodi (tan querido por los niños) resume ejemplarmente así:

(22) Sobre la función de control social desempeñada por los enseñantes, cf. mi obra *Gonfalonieri, maestri e scolari in Val di Cornia*, Angeli, Milán, 1985.

«... Yo sé que mañana, al amanecer, me iré de aquí, porque si me quedo me ocurrirá lo mismo que a todos los otros chicos: me mandarán a la escuela y, quiera o no, tendré que estudiar; y yo, francamente, no tengo ganas de estudiar y me divierte más correr detrás de las mariposas y subirme a los árboles a coger las crías del nido...

—Y si no te gusta ir a la escuela, ¿por qué no aprendes al menos un oficio para ganarte honradamente un pedazo de pan?

—¿quieres que te lo diga? —replicó Pinocho, que empezaba a perder la paciencia—. Entre todos los oficios del mundo no hay más que uno que realmente me guste.

—¿Y ese oficio sería...?

—El de comer, beber, dormir, divertirme y hacer el vago de la mañana a la noche» (23).

Como señalábamos al principio, es difícil narrar la historia de la infancia, tanto por el peligro de relatar sólo la historia de las condiciones materiales de vida como por la impalpabilidad, la dispersión histórica de la relación adultos-niño en que se basa; sin embargo, como hemos visto, se han hecho diversos intentos y desde diferentes perspectivas (24).

Aún más problemático es, sin duda, el acceder a las zonas ocultas de nuestra «no historia de la infancia» (Becchi, 1984), aquellos lugares del mundo infantil alternativos y diferentes que el adulto, o bien recuerda en forma muchas veces, adulcorada (para el uso de los aficionados a los productos literarios) o bien rechaza por miedo a la propia infancia o simplemente no recuerda, porque la infancia es un período de la vida «irrelevante», que pasa sin dejar aparentemente ninguna huella*.

(23) Cf. Collodi, C., *Las aventuras de Pinocho*, cap. IV.

(24) Entre las muchas publicaciones existentes, señalo los catálogos de ferias del libro dedicadas a:

- Infancia espacios habituales: *Il bambino e la sua cultura nella Padova dell'Ottocento*, «Introduzione» de Bernardinis, A.M., Ayuntamiento de Padua, 1981;
- juegos y juguetes: *Il trascorso presente: Bambole, Giocattoli, Automi*, Marsilio Ed., Ayuntamiento de Venecia, 1982; *Il paese del balocchi. Giochi e giocattoli per piccoli e grandi dal XVIII secolo al futuro*, Colorno, Ed. «Una città costruisce una mostra», 1983; *Come giocano giocavano. Giochi e giocattolo 1750-1960*, Ayuntamiento de Milán, 1984;
- atuendo: *I principi bambini. Abbigliamento e infanzia nel Seicento*, Centro Di, Florencia, 1985. Sobre este tema véase también la obra dirigida por Gandini L., *Dimmi como lo vesti. Ricerca sull'abbigliamento infantile*, Emme ed., Milán, 1984;
- poesía: *Il gioco della rima: poesia e poeti per l'infanzia dal 1700 ad oggi*, Ayuntamiento de Roma ec., 1984.

* Este artículo apareció originalmente en *Scuola e Città*. Se publica con autorización del Editor.

BIBLIOGRAFIA

Los títulos indicados en la bibliografía se limitan a publicaciones o traducciones en lengua italiana y, en algunos casos, en francés e inglés. Siempre se reproducen al principio los títulos, los lugares y las fechas de ediciones originales. Las referencias bibliográficas no concernientes específicamente al tema se ofrecen en las notas.

- ARIES, Ph. (1979): *Infanzia*, Enciclopedia Einaudi, vol. VIII, Turin.
- AUDISIO, R. (1985): «Assistenza e internamento. Il caso di Torino: il correzionale per i giovani discoli», in LEVRA, U. (dir.), *La scienza e la colpa*, Electa, Milán.
- BADINTER, E. (1980): *L'amour en plus*, París; trad. it., *L'amore in più. Storia dell'amore materno*, Longanesi, Milán, 1981.
- BALLESTERO, M.V., y LEVRERO, R. (1979): *Genocidio perfetto. Industrializzazione e forza-lavoro nel Lecchese 1840-1870*, Feltrinelli, Milán.
- BARBAGLI, M. (dir.) (1977): *Famiglia e mutamento sociale*, Il Mulino, Bologna.
- BARBAGLI, M. (1984): *Sotto lo stesso tetto. Mutamenti della famiglia in Italia dal XV al XX secolo*, Il Mulino, Bologna.
- BECCHI, E. (1979) (dir.): *Il bambino sociale. Privatizzazione e deprivatizzazione dell'infanzia*, Feltrini, Milán.
- BECCHI, E. (1983a): «Molte infanzie, poche storie» en *Ricerche pedagogiche*, núms. 68-69, pp. 1-15.
- BECCHI, E. (1983b): «Premessa», en *Per una storia del costume educativo. Eta classica e medio evo*, Quaderni della Fondazione G. Feltrinelli, núm. 23.
- BECCHI, E. (1984): «Premessa», en *Bambini*, Quaderni storici, núm. 57.
- BERTONI JOVINE, D. (1963): *L'alienazione dell'infanzia*, Ed. Riuniti, Roma.
- BIANCHI TONIZZI, M. (1983): «Esposti e balie in Liguria tra otto e novocento: il caso di chiavari», en *Discoli e vagabondi. Il controllo dell'infanzia nell'Italia liberale, Movimento operaio e socialista*, núm. 1, pp. 7-51.
- BRUTTINI, T. (1982): «Legitimi e illegitimi: aspetti istituzionali dell'assistenza all'infanzia abbandonata a Siena nell'Ottocento», *Bulletino senese di storia patria*, núm. 89, pp. 221-242.
- BRUTTINI, T. (1984): «Presentazione» al catálogo *Madri e figli nella Siena Granducale. L'assistenza dell'Ospedale alla maternita e all'infanzia abbandonata* (edit. por el Centro Culturale delle Donne «M. Meoni»), Siena.
- CAJANI, L. (1982): «L'assistenza ai poveri nella Toscana settecentesca», en POLITI, G.; ROSA, M.; DELLA PERUTA, F. (dir.), *Timori e carita. I poveri nell'Italia moderna, Annali della Biblioteca statale e Libreria civica di Cremona* (Actas del Simposio *Pauperismo e assistenza negli antichi stati italiani*), Cremona, 1980.
- CAMBI, F. (1983): Socialismo anarchico toscano e condizioni di vita dell'infanzia (1860-1885)», en GENOVESI, G., y LACAITA, C.G. (dirs.): *Istruzione popolare nell'Italia liberale*, Angeli, Milán, pp. 174-194.
- CAMBI, F. (1985): *Collodi, De Amicis, Rodari. Tre immagini d'infanzia*, Dedalo, Bari.
- CAPPELLETTO, G. (1983): «Infanzia abbandonata e ruoli di mediazione sociale nella Verona del Settecento», en *Quaderni storici*, núm. 53, pp. 421-443.
- CASARINI, M.P. (1983): «Il buon matrimonio. Tre casi di infanticidio nell'800», *Memoria*, núm. 7, pp. 27-36.

- CASARINO, G. (1982): «I giovani e l'apprendistato. Iniziazione e addestramento», *Quaderni del Centro di studio sulla storia della tecnica del CNR*, núm. 9, pp. 1-178.
- CATARSI, E., y GENOVESI, G. (1985): *L'infanzia a scuola*, Juvenilia, Bergamo.
- CAVALLO, S., y CERUTTI, S. (1980): «Onore femminile e controllo sociale della riproduzione in Piemonte tra Sei e Settecento», en *Quaderni storici*, núm. 44, pp. 346-383.
- CAVALLO, S. (1983): «Strategie politiche e familiari intorno al baliatico. Il monopolio del bambini abbandonati nel Canavese tra Sei e Settecento», en *Quaderni Storici*, núm. 53, pp. 391-420.
- CERAMI, R. (1979): *Emarginazione e assistenza sociale*, Feltrinelli, Milán.
- CHEVALIER, L. (1958): *Classes laborieuses et classes dangereuses a Paris pendant la premiere moitie du XIX^{me} siecle*, Paris; trad. it. *Classi lavoratrici e classe pericolose*, Laterza, Roma-Bari, 1976.
- CHOMBART DE LAUWE, M. J. (1971): *Un monde autre: l'enfance. De ses représentations a son mythe*, Paris; trad. it. *I segreti dell'infanzia e la società*, Armando, Roma, 1974.
- COLEMAN, E. R. (1974): «L'infanticide dans le Haut Moyen Age», en *Annales ESC*, núm. 2, marzo-abril, pp. 315-335.
- CORSINI, C.A. (1976): «Materiali per lo studio della famiglia in Toscana nei secoli XVII-XIX: gli esposti», en *Quaderni storici*, núm. 33, pp. 998-1052.
- CEUBELLIER, M. (1979): *L'enfance et la Jeunesse dans la société française 1800-1950*, Colin, París.
- DA MOLIN, G. (1981): *L'infanzia abbandonata in Italia nell'eta moderna*, Università degli Studi, Bari.
- DAVIES, M.L. (dir.) (1915) (reed. 1978): *Maternity. Letters from Working-women*, London; trad. it., *Maternità. La condizione femminile nelle testimonianze di lavoratori inglesi all'inizio del secolo*, De Donato, Bari, 1978.
- DE FORT, E. (1985): «Asistenza e internamento. Il caso di Torino: bambini abbandonati/bambini pericolosi», en LEVRA, U: *cit.*
- DELASSELLE, C. (1975): «Les enfants abandonnés a Paris au XVIII^{me} siecle», en *Annales ESC*, núm. 1, enero-febrero, pp. 187-218.
- DELILLE, G. (1974): «Un problema di demografia storica: uomini e donne di fronte alla morte», en SORI, E. (dir.), *Demografia storica*, Il Mulino, Bologna, 1975, pp. 257-284.
- DELLA PERUTA, F. (1979): «Infanzia e famiglia nella prima meta dell'Ottocento», en *Studi storici*, núm. 3, 1979; reed. en Manoukian (1933).
- DELLA PERUTA, F. (1980): «Alle origini dell'assistenza alla prima infanzia in Italia», en *Asili nido in Italia*, Marzorati, Milán, pp. 13-38.
- DEMAUSE, L. (dir.) (1974): *The History of Childhood*, New York; trad. it. *Storia dell'infanzia*, Emme ed., Milán, 1983.
- DEPAW, J. (1972): «Amour illegitime et société a Nantes au XVIII^{me} siecle», en *Annales ESC*, núm. 4-5, julio-octubre, pp. 1155-1182.
- DE ROSA, G. (1978): «L'emarginazione sociale in Calabria nel XIII secolo: il problema degli espositi», en *Recherche di storia sociale e religiosa*, núm. 13, pp. 5-29.
- DE VIGILI, D. (1982): «Il precettore e il suo bambino», in BECCHI, E. (dir.), *Metafore d'infanzia*, aut aut, núm. 191-192, 1982, pp. 49-68.

- DE VIGUERIE, J. (1978): *L'institution des enfants. L'éducation en France XVI-XVIII^{ème} siècle*, Calmann-Levy, Paris.
- DODI OSNAGHI, L. (1982): «Ruota e infanzia abbandonata a Milano nella prima metà dell'Ottocento», in POLITI, G.: ROSA, M.; DELLA PERUTA, F., *cit.*
- DORIGUZZI, F. (1983): «I messaggi dell'abbandono: bambini esposti a Torino nel 700», in *Quaderni storici*, núm. 53, pp. 445-468.
- DUBY, G.; LE GOFF, J. (dir.) (1983): *Famiglia e parentela nell'Italia medievale*, Il Mulino, Bologna.
- FABI, L. (1983): «Il "corrigendo esemplare". Internamento, disciplina, condizioni di vita in un'istituzione correzionale del diciannovesimo secolo», in *Movimento operaio e socialista*, núm. 1, pp. 53-86.
- FERRARI, M.E. (1983): «I mercanti di fanciulli nelle campagne e la tratta dei minori, una realtà sociale dell'Italia fra '800 e '900», in *Movimento operaio e socialista*, núm. 1, pp. 87-108.
- FLANDRIN, J.L. (1976): *Familles. Parenté, maison, sexualité dans l'ancienne société*, Paris; trad. it., *La famiglia*, Ed. di Comunità, Milán, 1979.
- FOUCAULT, M. (1975): *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, Paris; trad. it., *Sorvegliare e punire. Nascita della prigione*, Einaudi, Turín, 1976.
- GATTI, C.: *Madri e figli in una comunità del '700*, Giuffrè, Milán.
- GELIS, J.-LAGET, M.-MOREL, M.F. (1978): *Entrer dans la vie*, Gallimard, Paris.
- GOODY, J. (1983): *The Development of the Family and Marriage in Europe*, Londres; trad. it., *Famiglia e matrimonio in Europa. Origini e sviluppo dei modelli dell'Occidente*, Mondadori, Milán, 1984.
- GORDON, L. (1978): «Maternità volontaria. Gli inizi del movimento per il controllo delle nascite negli Stati Uniti», *Nuova D.W.F.*, núm. 6-7, pp. 88-112.
- GORNI, M. y PELLEGRINI, L. (1974): *Un problema di storia sociale. L'infanzia abbandonata in Italia nel secolo XIX*, La Nuova Italia, Florencia.
- GRENDI, E. (1983): «Premessa», *Quaderni storici*, núm. 53, pp. 383-389.
- HIMES, N. (1936): *A Medical History of Contraception*, Baltimore, reed. 1963; trad. it., *Il controllo delle nascite dalle origini ad oggi*, Sugar, Milán, 1963.
- KLAPISCH, C. (1973): «L'enfance en Toscane au début du XV^{ème} siècle», *Annales de Démographie Historique*, pp. 99-127.
- KLAPISCH-ZUBER, C. (1980): «Genitori naturali e genitori di latte nella Firenze del Quattrocento», in *Quaderni storici*, núm. 44, pp. 543-563.
- LAGET, M. (1982): *Naissances. L'accouchement avant l'age de la clinique*, Ed. du Seuil (préf. de Ph. Aries), Paris.
- LANGER, W.L. (1976): «Infanticidio: una rassegna storica», in McKEOWN, *The modern rise of population*, London; trad. it., *L'aumento della popolazione nell'era moderna*, Feltrinelli, Milán, 1979, pp. 225-238.
- LASAGNI, R. (1979): *L'infanzia a parma nel Settecento. Aspetti storico sociali della condizione infantile nella società parmense nel secolo XVIII*, Libreria Aurea Editrice, Parma.
- LASLETT, P. (1965): *The World we have lost*, London; trad. it., *Il mondo che abbiamo perduto*, Jaca Book, Milán, 1979.

- LASLETT, P.-ROBIN, J.-WALL, R. (dir.) (1983): *Family Forms in Historic Europe*, Cambridge; trad. it., *Forme di famiglia bella storia europea*, Il Mulino, Bologna, 1984.
- LEBRUN, F. (1972): «Naissances illégitimes et abandons d'enfants en Anjou au XVIII^{ème} siècle», en *Annales ESC*, núm. 4-5, julio-octubre, pp. 1183-1189.
- LIBERTI, R. (1969): «Figli di nessuno in Calabria», en *Historica*, fasc. I, pp. 48-71.
- LIVI BACCI, M. (1977): *A History of Italian Fertility during the Last Two Centuries*, Princeton; trad. it., *Donna, fecondità e figli. Due secoli di storia demografica italiana*, Il Mulino, Bologna, 1980.
- LOMBARDI, F. V. (1974): *Il bambino nella storia della pedagogia e dell'educazione*, La Scuola, Brescia.
- LOTTIN, A. (1970): «Naissances illégitimes et filles-mères a Lille au XVIII^{ème} siècle», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, núm. 2, pp. 278-322.
- MANOUKIAN, A. (dir.) (1983): *I vincoli familiari in Italia dal secolo XI al secolo XX*, Il Mulino, Bologna.
- MARTINENGO, A. (1978): *La ruota di Novara*, Tip. S. Gaudenzio.
- MENEGHETTI CASARIN, F. (1984): *I vagabondi, la società e lo stato nella Repubblica di Venezia alla fine del '700*, Jouvence, Roma.
- OSTENC, M. (1985): «Les enfants détenus a la Maison Centrale de Fontevault au XIX^{ème} siècle», en *Annales de Bretagne et des Pays de l'Ouest*, t. 92, núm. 1, pp. 63-77.
- PANCERA, C. (1979): «L'infanzia laboriosa. Il rapporto mastro-apprendista», en BECCHI, E. (1979), pp. 77-113.
- PANCERA, C. (1980): «Vita e lavoro dell'infanzia povera nel Sei-Settecento inglese», en *I problemi della pedagogia*, núm. 1-2, pp. 237-252.
- PANCINO, C. (1978): «Gravidanza, parto e allattamento nel '700 francese», en *Nuova D.W.F.*, núm. 9, pp. 25-48.
- PANCINO, C. (1984): *Il bambino e l'acqua sporca*, Angeli, Milán.
- PELAJA, M. (1981): «Istinto di vita e amore materno. Un infanticidio del 1882», en *Memoria*, núm. 1, pp. 46-52.
- PEYRONNET, J.C. (1976): «Les enfants abandonnés et leurs nourrices a Limoges au XVIII^{ème} siècle», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, núm. 3, pp. 418-441.
- PINCHEBECK, J., y HEWITT, M. (1969): *Children in English Society*, Routledge & Kegan Paul, vol I (1969, reimp. 1972); vol. II (1973), Londres-Toronto.
- PIZZINI, F. (dir.) (1981): *Sulla scena del parto: luoghi, figure, pratiche*, Angeli Griff, Milán.
- POMATA, G. (1979): *In scienza e coscienza, donne e portere nella società borghese*, La Nuova Italia, Florencia.
- POMATA, G. (1980): «Madri illegittime tra Ottocento e Novecento: storie cliniche e storie di vita», en *Quaderni storici*, núm. 44, pp. 497-542.
- POVOLO, C. (1978-79): «Note per uno studio dell'infanticidio nella Repubblica di Venezia nei secoli XVI-XVIII», *Atti dell'Istituto veneto di Scienze, Lettere ed. Arti*, t. 137.
- POVOLO, C. (1979-80): «Aspetti sociali e penali del reato d'infanticidio. Il caso di una contadina padovana nel '700», *Atti dell'Istituto veneto di S.L., ed. A.*, t. 138.

- ROSENBERG, Ch. E. (a cura di) (1975): *The Family in History*, Philadelphia; trad. it., *La famiglia nella storia*, Einaudi, Turin, 1979.
- ROSSI, M. (1983): «Discoli e vagabondi in Liguria nella prime meta del secolo XIX», en *Movimento operaio e socialista*, núm. 1, pp. 33-51.
- SANDRI, L. (1982): *L'ospedale di S. Maria della Scala di S. Gimignano nel Quattrocento*, Societa Storica della Valdelsa.
- SANDRIN, J. (1982): *Enfants trouvés, enfants ouvriers, XVII'-XIX' siecle*, Aubier, París.
- SEMERARO, A. (1980): «Infanzia e Istituzioni in Terra d'Otranto», *Quaderno di Pedagogia*, Universita di Lecce, núm. 2, pp. 5-71.
- SHORTER, E. (1973): «Female Emancipation, Birth Control and Fertility in European History», en *American Historical Review*, núm. 78, pp. 605-640; trad. it., «Emancipazione femminile, controllo delle nascite e fecondita nella storia europea», en BARBAGLI (1977).
- SHORTER, E. (1975): *The making of the Modern Family*, New York; trad. it., *Famiglia e civilita*, Rizzoli, Milán, 1978.
- SHORTER, E. (1982): *A History of Women's Bodies*, New York; trad. it., *Storia del corpo femminile*, Feltrinelli, Milán, 1984.
- SOMOGYI, S. (1967): *La mortalita infantile nei primi cinque anni di eta in Italia (1863-1962)*, Ingrana, Palermo.
- STONE, L. (1977): *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800*, Londres; trad. it., *Famiglia, sesso e matrimonio in Inghilterra, tra Cinque e Ottocento*, Einaudi, Turin, 1983.
- TILLY, A., y SCOTT, J.W. (1978): *Women, Work and Family*, New York; trad. it., *Donne, lavoro e famiglia nell'evoluzione della societa capitalistica*, De Donato, Bari, 1981.
- TOMASI, T. (1978): *L'educazione infantile tra Chiesa e Stato*, Vallecchi, Florencia.
- TRISCIUZZI, L. (1976): *La scoperta dell'infanzia*, Le Monnier, Florencia.
- TRISCIUZZI, L., y DE ROSA, D. (1986): *I bambini di sua Maesta. Esposti e orfani nella Trieste del Settecento*, Angeli, Milán.
- VIVIANI, G.F. (1969): *L'assistenza agli «esposti» nella Provincia di Verona (1426-1969)*, Admin. Prov. de Verona, Verona.
- ZANOLLA, F. (1980): «Soucere, nuore e cognate nel primo '900 a P. nel Friuli», en *Quaderni storici*, núm. 44, pp. 429-450.
- ZANOLLA, F. (1981): «Pediatri e contadini intorno alla morte del bambino povero», en *Qualestoria*, núm. 3, pp. 39-81.